

Lientera de Relatos

La colección

Lientera: *Medicina*. Diarrea de alimentos semidigeridos.

Extraña palabra para nombrar a una colección de relatos aunque, a mi entender, hablando metafóricamente, ofrece una imagen aproximada, pero todavía algo difusa de su contenido.
En un principio, casi todas las historias incluidas en la presente colección, fueron consideradas como el germen, el argumento inicial y esqueleto básico para generar una de mis futuras novelas.
No obstante, por alguna que otra razón y, en la mayoría de los casos, por falta de tiempo material para escribir, no prosperaron como tales. Ahora, antes que el paso inexorable del tiempo las relegue al olvido, os las presento en forma de relato corto en esta colección.
Estas breves narraciones no ofrecen ninguna enseñanza o pensamiento profundo, ni pretenden ir más allá del simple hecho de entretener y compartir un rato ameno con los lectores.
Por su temática dispar, tampoco se encuadran dentro de un mismo género quizás, si algo tienen en común es el hecho de ser fruto de mi imaginación.
Confío en que, al menos, os llegue a gustar alguno de ellos.

Narraciones del autor

Hora de dormir	- *Intriga*
El don	- *Misterio*
Kuemetek	- *Aventuras*
Duendes	- *Psicológica*
Viaje a Ronda	- *Engaño*
Recuerdos difusos	- *Policial*
Asunto cerrado	- *Intriga*
El manuscrito ocre	- *Misterio*
Lientera de Relatos	- *Relatos cortos*
Relatos Crueles	- *Relatos breves*
Relatos Crueles (II)	- *Relatos breves*

© Rafael López Rivera
Primavera 2002
rlr.rlr@terra.es

Sipnosis de los relatos

La casa en el horizonte
Singladura de un preso que protagoniza una fuga dirigiéndose en su huida hacia una casa en el horizonte donde tendrá un inesperado encuentro.

02/02/02.

Sólo era un hormigueo
Relata la angustia producida por el estrés en un dinámico corredor de valores que aspiraba a tener olfato para los negocios.

06/02/02.

El francotirador
Un soldado regresa del frente. Un solitario francotirador hace estragos en la zona. Los vecinos solicitan la ayuda y la experiencia del soldado para dar caza al enemigo.

15/02/02.

La aspirante a escritora (*)
Una mujer al quedar desempleada cae en las garras de la depresión. A fin de salir de ese oscuro agujero, se aficiona a la escritura aprendiendo a sentir sus palabras.

22/02/02.

Yo decido cuando
Un muchacho de un barrio marginal comienza a ser consciente de la sumisión a la que está sometida su pueblo, su etnia y su religión. Poco a poco, sin pretenderlo, se ve involucrado con grupos de violencia radical.

11/03/02

El gran lobo
Durante una travesía en trineo, un hombre sufre un accidente, quedando solo y desamparado en un inhóspito paraje donde el frío hace estragos.

23/03/02

Volando con mi enemiga
Un muchacho creció bajo la influencia del miedo a las avispas como consecuencia de padecer una severa alergia al veneno de las mismas. De mayor, encuentra una mejor forma de encauzar sus miedos.

07/04/02

(*) Relato Premiado en el Certamen Literario "Cuéntame 2002"
Publicado en "EÑE - Antología Internacional de Escritores en Idioma Castellano 2002"
– *Alternativa Editorial – www.alternativaeditorial.com*

La casa en el horizonte

A tan sólo unos centímetros frente a él, una puerta metálica obstaculizaba su camino. Un giro de muñeca en el tirador y se encontraría con el último tramo del pasillo. Abrió la puerta con decisión, tras ella, se encontraba el depósito del gas licuado de la calefacción y, al lado, la salida del recinto que daba paso al exterior.
La fuga pudo perpetrarse gracias al dinero, fruto de la estafa realizada a las arcas del banco y, a la fácilmente, tentadora corrupción de los funcionarios de la prisión, faltos la mayoría de ellos de la más mínima ética.
Los vigilantes habían cumplido su palabra facilitando la huida, siendo ésta, generosamente sufragada a base de talonario. A cambio, se comprometieron a mantener, por unos minutos, las puertas abiertas y el sistema de alarma desconectado.
Llegó al umbral del pasillo donde terminaba su recorrido dentro del recinto, ahora debía aventurarse fuera. Para evitar ser visto, quedó arrimado a la pared del muro como si fuese una piel adherida a los frío ladrillos.
Inquieto, observaba vigilante hacia ambos lados preparándose para reaccionar ante cualquier aparición repentina. De cualquier modo, era necesario aguardar a que los focos, en su continuo y lento balanceo, alumbrasen en otra dirección ofreciéndole casi medio minuto de negra y valiosa oscuridad, cómplice imprescindible para alejarse rápidamente del muro alcanzando la anhelada libertad.
Aguardó durante unos instantes de tensa espera. La blanca y concentrada luz iluminaba la franja de terreno más próxima. Su escapada dependía del éxito en cruzar ese pequeño trozo de campo despejado de vegetación en el cual, no había escondrijo posible en el que ocultarse. Transcurridos unos minutos, las sirenas anunciarían su fuga; el tiempo era un bien preciado y limitado, no podía desperdiciar ni un segundo en llegar a su meta. Impaciente y con la sola compañía de su ansiedad y su miedo, observó el lento avance del haz y cuando éste, por fin, hubo pasado de largo, corrió, corrió velozmente todo lo que sus piernas pudieron dar de sí, sin detenerse, sin dudar. Mientras avanzaba, en su mente una voz no dejaba de animarle: “Corre, más rápido, no mires atrás, un poco más”.
Fracasaría si dejaba de alcanzar la vaguada situada al final del llano. ¡Era imprescindible! Este accidente del terreno lo ocultaría evitando que las luces, en su barrido, cazaran su fantasmal figura durante la fugaz carrera.
¡Sí! ¡Sí! ¡Bien! ¡Lo consiguió a tiempo!
Su corazón estaba a punto de salirse del pecho; entre jadeos, se enorgullecía victorioso mirando hacia el muro, allá, oculto por el montículo fuera del alcance de los focos, asomando siquiera los ojos a media altura por temor a ser descubierto. Sabiéndose a salvo, sonreía con satisfacción y triunfalismo.
El resto de los pasos estaban planeados. En las cercanías, le esperaba un colega suyo con un coche, presto para alejarlo definitivamente del recinto del presidio salvaguardándolo de sus posibles perseguidores. Cambió de dirección y, medio agachado, se dirigió a la carretera.

Al llegar al punto de encuentro no halló a nadie. ¿Dónde está?, se preguntaba nervioso intentando descubrir el vehículo en la oscuridad. ¡Él no le podía fallar! Estaba seguro que en cualquier instante aparecerían las luces del vehículo, pero…, ¿dónde diablos se había metido? Minuto arriba, minuto abajo, era la hora fijada. ¿En qué estaría pensando el conductor para no hacer parpadear las luces? Ésa fue la señal convenida durante su conversación en el locutorio de visitas. No era posible que con la hora que era, no hubiese llegado. Las instrucciones fueron claras y, el plan, preparado en detalle. ¡Era increíble que no estuviese aquí!

Totalmente perplejo y decepcionado, observó lenta y atentamente en ambos sentidos del tramo asfaltado, forzando sus pupilas para que fuesen capaces de captar cualquier brillo, cualquier reflejo, cualquier silueta o contorno que le indicase que el coche estaba allí estacionado. Incapaz de vislumbrar nada a su alrededor, prestó atención a sus oídos, girando lentamente la cabeza, en un intento por detectar cualquier sonido que le evidenciase la aproximación de un vehículo. Únicamente consiguió escuchar el fuerte latido de su corazón, acompañado rítmicamente por su respirar rápido y fatigoso que se aceleraba, por momentos, ante el absoluto convencimiento de encontrarse solo y desamparado.

Se acurrucó quedando agazapado y escondido envuelto por oscuridad de la noche, soportando una tensa espera forzosamente prolongada. La cuneta no era un buen lugar donde permanecer por mucho más tiempo. Era ridículo haber corrido el riesgo de llegar hasta allí para no continuar con su huida, no existía la posibilidad de una vuelta atrás.

De repente, comenzaron a sonar las alarmas en el recinto penitenciario. El estridente ruido quebró la quietud y el silencio de la noche concluyendo, de esta forma, el periodo de gracia comprado. Los focos interiores y exteriores se encendieron al unísono en un derroche, tan pomposo como innecesario, de luz.

Gente en movimiento, voces dando órdenes, luces en rápido y continuo balanceo escrutando cada palmo del terreno adyacente al recinto. ¡Pronto saldrían en su persecución!

El escandaloso despertar de sus perseguidores forzaba la necesidad de moverse, la pregunta era hacia dónde ir. Recordaba que desde la minúscula ventanilla de su celda, por entre los huecos de los barrotes, observando en dirección a la vaguada, allá, a lo lejos en el horizonte, se podía divisar parte del tejado de una granja o casa de campo. Sabía que yendo, más o menos, recto desde el punto en el cual se hallaba, terminaría encontrándola. No obstante, necesitaba orientarse bien, con garantías suficientes de no perderse, antes de lanzarse al encuentro de aquel lugar.

Finalmente, con la dirección clara, comenzó a correr hacia donde sospechaba que se encontraba la casa.

Jamás le gustaron las decisiones precipitadas de último momento. La improvisación era un recurso propio de ineptos; él siempre mantenía las cosas bajo control, sin sorpresas ni sobresaltos y hoy, uno de los momentos más críticos de toda su vida, se había trastocado en una gran chapuza simplemente, por no considerar un nimio detalle: la estupidez inherente en algunos seres humanos y, en el caso de su colega, era un digno representante de dicha cualidad.

En su avance, volvía de vez en cuando la mirada hacia atrás para asegurarse que nadie le perseguía y que no habían soltado a los perros de presa.

En más de una ocasión, le tocó dar de comer a estas bestias en su propio cubil especialmente construido para albergar a estos bichos que fueron adiestrados para dar caza y muerte a los presos fugados.

Las casetas se encontraban un poco apartadas de los otros edificios, aislados dentro de un recinto metálico vallado. El aspecto fiero y la voracidad de estos perros le impresionaba. Estos ejemplares, daban muestras de su agresividad con tan sólo acercarse a ellos. Le infundían mucho respeto y, ahora, podrían ser soltados con el único propósito de darle caza.

La distancia se incrementaba paulatinamente. No se veía ni rastro de sus perseguidores ni tampoco de su añorado medio de transporte. ¿Qué habría realmente pasado?…, tal vez, una confusión en la hora o en el día. ¡Inexplicable!

Llevaba unos minutos corriendo suavemente, cuando decidió aflojar el ritmo y caminar a paso ligero durante un rato; la situación requería ir dosificando las fuerzas, su respiración agitada y nerviosa, no era capaz de suministrar todo el oxígeno necesario a sus pulmones, el cansancio y la tensión acumulada hacían mella en su organismo.

Posiblemente, nadie sospechase que andaba deambulando desorientado por las cercanías de la prisión. Nadie sería tan inconsciente como para, ni siquiera, imaginárselo y considerarlo como una posibilidad factible. Este pensamiento le infundió un soplo de sosiego y tranquilidad.

El inesperado contratiempo trastocaba todos sus planes. Sería en vano cualquier esfuerzo por llegar muy lejos con el uniforme de preso, sin dinero, sin documentación y sin medio de locomoción. Puede que la casa le brindase la posibilidad de aprovisionarse de todo lo necesario para su camino. Ojalá no hubiese ocupantes morando en ella, eso facilitaría las cosas.

El esfuerzo realizado era mayor de lo que imaginó en un principio, se sentía fatigado. La distancia, al ser recorrida siempre resulta superior a lo que se llega a estimar a simple vista. Nunca había supuesto nada de esto en su plan de fuga, tampoco estaba física ni emocionalmente preparado para llevar a cabo una larga escapada a pie.

Miró de nuevo hacia la prisión, daba la impresión que nadie continuaba patrullando en su búsqueda por las inmediaciones; los funcionarios sólo examinaron con precipitación los alrededores del recinto desapareciendo sin más. ¡Ja, ja! ¡Inútiles! Nunca se imaginarían que se encontraba tan próximo a ellos.

Beneficiándose del resguardo que le proporcionaban un grupo de matorrales, se sentó en el suelo al resguardo de una suave brisa helada que se había levantado. Allí, inmóvil y sudoroso, contemplando el cielo estrellado, sintió frío; la noche refrescaba y la ropa de preso no era la más adecuada para abrigarle protegiéndole de la humedad y de la bajada de temperatura.

A lo lejos, observó como se aproximaban luces de vehículos procedentes de la cuidad y que se dirigían hacia la prisión. A aquellas horas de la noche, sólo podía tratarse de refuerzos. La situación iba empeorándose por momentos. La sola visión del convoy fue un certero y eficaz estímulo para obligarle a incorporarse y seguir andando.

Al subir un pequeño montículo, se giró echando una mirada a la carretera, los vehículos se detuvieron antes de llegar a la cárcel; con sus luces iluminaban un coche estacionado en la cuneta, a unos treinta o cuarenta metros del punto donde él estuvo aguardando pacientemente. Con total seguridad, era su enlace. ¡Qué mala suerte! ¿Cómo habían llegado hasta tal extremo de desentendimiento, cometiendo un fallo tan elemental de sincronismo? ¡Era increíble! Por tan sólo unos cuantos metros, no fueron capaces de encontrarse; todo, por culpa de aquel idiota de sesos resecos. Le estaría bien empleado cualquier cosa que le pasase, aquel muchacho poseía un queso por cerebro.

A estas alturas, después de interrogar al trozo de carne de su colega, sus perseguidores sabrían que él no pudo alejarse demasiado porque carecía de transporte.

Así pues, debía apresurarse y moverse con la mayor celeridad posible, el cerco se cerraría con rapidez. ¡Comenzaba el juego! ¡Él era el premio de tan singular cacería!
Supuso que, si no había cometido un error a la hora de elegir su rumbo, la casa debía estar bien cerca, quizás a menos de doscientos metros de allí, pero en la oscuridad era muy difícil identificar su contorno y estar seguro de su suposición.
Mantuvo la dirección elegida. Al poco, al costado suyo, algo le llamó la atención, fue un simple ruido, un leve chasquido, ¿qué fue aquello? Se paró en seco y escuchó atentamente los sonidos de la noche. Fuese lo que fuese, también se detuvo. Giró bruscamente en dirección al punto del cual provenían los ruidos. Sus miradas se encontraron. El corazón le dio un vuelco sobresaltándose. No podía apreciar claramente que era, parecía un animal grande, un perro, quizás un dogo, pero no se distinguían las orejas ni el rabo. Su silueta dejaba entrever su extrema delgadez, realmente escuálido.
No mostraba una actitud agresiva, tampoco parecía que fuese a atacarle. Debía de ser el perro de la casa, dedujo el hombre sin gran confianza en su suposición. Posiblemente, ya se encontrase muy cerca de ella, aquello podría ser un buen presagio aunque siempre cabría la posibilidad que fuese un animal vagabundo que merodease por aquellos parajes.
Sin prestarle más atención, prosiguió con su marcha. Aquel animal avanzaba paralelo a él; no obstante, lo hacía manteniendo constantemente los metros que les separaban a ambos.
Se movía de una forma rara, un poco peculiar, como si tuviese algún problema en las patas traseras. El lomo del animal quedaba extrañamente curvado hacia dentro, creando una figura un tanto grotesca al caminar. Diría que aquel animal, en algún momento de su vida, habría sufrido un accidente quedándole, como secuelas, esos problemas de locomoción tan visibles.
Anduvieron juntos por unos minutos y, al final, pudo distinguir, a la derecha, la casa. Por suerte, giró la mirada en el momento preciso en que ésta, iba a salir de su campo de visión, casi la sobrepasa perdiendo definitivamente su pista.
Se aproximaría a la vivienda sin hacer ruido, para ello, sería prudente alejar al perro antes que éste, se pusiese a ladrar y delatara su presencia. Se giró hacia el animal en silencio, moviendo los brazos en forma de aspas para espantarlo. Éste se quedó inmóvil, mirando al hombre, sin entender nada.
En el momento en que el hombre se giraba para avanzar de nuevo, el animal volvía a seguirle manteniendo las distancias. Adoptaba la misma actitud que las hienas cuando acosan a los leones para robarles parte de su botín, sólo huyen mientras les persiguen en su carrera, para inmediatamente, volver.
En vista que los gestos no sirvieron de nada, le lanzó seguidamente un par de piedras sin intención de darle ni de herirle. Él no se iba a aproximar más a aquel perro, era demasiado grande como para no respetarlo. El ruido al chocar contra el suelo ahuyentó definitivamente al animal desistiendo en su actitud.
Llegó hasta la casa moviéndose sigilosamente, toda precaución era poca. Dio una vuelta alrededor de la vivienda con la esperanza de encontrar algún tendedero con ropa secándose. Fue en vano, no había nada colgado, esto sólo ocurría en las películas.
El coche que halló, estaba cerrado con llave. Al menos, el reconocimiento le sirvió para descubrir una puerta trasera que permitía entrar en la cocina directamente desde el exterior. Fue hacia ella con el firme propósito de forzarla; para su mayor sorpresa, la llave no estaba echada, con un simple giro del pomo, la puerta se abrió.
Entró a tientas, aunque sus pupilas, tras llevar toda la noche a oscuras, eran capaces de distinguir los contornos de los muebles y enseres.

Abrió el refrigerador en busca de algún que otro alimento, debía aprovisionarse para el siguiente día. Destapó una lata de cerveza fresca, bebiendo un largo y continuado trago. Estaba sediento, la caminata y la ansiedad le habían secado la boca. Dejó la portezuela del refrigerador abierta a fin de iluminar tenuemente la cocina con su luz interior, facilitándole la localización de las cosas. Una bolsa de plástico, pan, queso, una botella de agua y un cuchillo, liviano equipaje.

Encontró ropa amontonada, se acercó a ella y la olió… ¡Estupendo! Despedía un fresco olor a detergente, olor a limpio y estaba seca. Posiblemente, fuese un montón pendiente de planchar. Tomaría algo para abrigarse y, más adelante, cuando amaneciese, se desharía del llamativo traje de presidiario.

No buscaría más. No correría el riesgo de ir mirando, sin sentido, por el interior de la vivienda, para hurgar en los armarios y despertar, con ruidos innecesarios, a los durmientes y confiados moradores.

Habiéndose apropiado de la necesaria comida y de ropa, llegó el momento de abandonar el lugar en silencio.

¡Tlank! ¡Clank! ¡Maldita lata!

La lata de cerveza armó un gran estruendo al caer al suelo.

El preso quedó inmóvil, con los oídos atentos a cualquier posible ruido procedente del resto de la casa. ¿Le habría escuchado alguien? Ojalá nadie le hubiese oído, no quería problemas. ¡Ya se iba! Él sólo quería marcharse de allí, sin ningún inoportuno encuentro, sin ningún tropiezo.

Se escuchó un tenue clic-clic, débiles rayos de luz procedentes de otra habitación le pusieron en guardia, alguien se aproximaba. Se escondió como pudo. Quería evitar el enfrentamiento a toda costa, no estaba allí para hacerle daño a nadie; nunca fue valiente, sólo era un estafador que había dado un buen golpe en una cuenta suculenta. Su mala fortuna le arrastró al presidio, privándole de la libertad para disfrutar de su botín y nada más. Su carrera delictiva se limitaba únicamente a eso, no poseía más méritos como delincuente y, por principios éticos, estaba reñido con la violencia.

Por favor, Dios, haz que se vuelva a la cama, suplicaba humildemente el preso desde su rincón. Cerró los ojos en un intento por desvanecer la situación, por evaporarse de allí. No fue así, continuaron los ruidos, cada vez más próximos, evidenciándole el avance de alguien, que mejor sería que no estuviese allí, de alguien, que se iba a jugar el tipo por defender una camisa, un pantalón, un trozo de pan y otro de queso. Dios, haz que se vuelva a la cama, imploró desde su rincón.

De repente, la puerta se abrió y la luz de la cocina se encendió de golpe poniéndole totalmente en evidencia. Se perdió cualquier escondrijo posible, sólo existía una posibilidad, huir.

Echó a correr destartaladamente, tropezando con torpeza con la pata de la mesa. Aterrizó estrepitosamente con sus huesos en el suelo. El contenido de la bolsa de plástico se desparramó.

Caído como estaba, sólo acertó a distinguir un pantalón de pijama blanco con finas líneas rectas de color verde oliva y unas zapatillas de hombre de color azul con un escudo raro bordado en el empeine. Inmediatamente, comenzó a sentir el dolor de los golpes que le propinaba su agresor en las piernas y la espalda, arremetía contra él con furia provisto de un palo grueso o un bate. A la vez, le profería insultos a gritos.

Intentaba protegerse, pero era en vano. Como respuesta al ataque y en un acto reflejo, el preso agarró el cuchillo que había caído muy cerca de su rostro y, de un certero giro, lo clavó en el gemelo de aquel hombre. El habitante de la casa gritó desgarradamente a

causa del punzante dolor en su pierna e, instintivamente, se retiró hacia otras estancias de la vivienda, proporcionando un momento de respiro al prófugo.
El preso consiguió incorporarse torpemente. Le dolía mucho un tobillo, posiblemente, se lo torció cuando cayó. Además, la caída también le produjo un profundo corte en la ceja que no paraba de sangrar copiosamente.
Utilizó la camisa para presionar sobre la brecha abierta e intentar que parase la hemorragia. El pie lastimado no podía ser apoyado por completo en el suelo, lo que le impedía correr, pero esto no fue óbice para emprender una dolorosa y desesperada huida antes que su atacante volviese de nuevo.
Él no quería hacer daño a nadie, pero hay momentos en la vida en que las cosas más simples se convierten en dilemas de supervivencia; éste había sido uno de esos casos y, puestos a escoger, no había duda en la elección.
Quería correr pero no podía, cojeaba penosamente por culpa de aquel maldito encuentro. Salió al exterior, anduvo unos diez o quince metros cuando alguien, a su espalda, le gritó que se detuviese bajo la amenaza de dispararle.
Así lo hizo, se detuvo y giró lentamente, intentando no poner nervioso a su atacante. Cuando lo tuvo en su campo de visión, pudo comprobar que era la misma persona con la que se encontró en la casa. La pierna le sangraba copiosamente y no parecía que mintiese acerca de su advertencia. Éste poseía una escopeta de caza entre sus manos y apuntaba directamente hacia él.
El preso en su miedo, no albergaba la intención de realizar ningún movimiento extraño para inquietar a aquel hombre porque, con toda seguridad, lo pagaría caro. Aquel individuo tenía miedo también, se podía apreciar en su rostro y en sus ojos, sólo estaba esperando poseer una excusa, un motivo, para accionar el gatillo y abatirlo sin remordimientos de conciencia.
En ese momento, como surgido del manto negro de la noche, una sombra saltó desde la oscuridad abalanzándose sobre el hombre armado. El fuerte impacto lo derribó y el arma realizó un disparo al aire. Comenzó entonces una lucha encarnizada entre el hombre y aquel ser. Oportuno instante de confusión que fue aprovechado por el preso para huir del lugar.
El sonido del disparo habría alertado a todos sus perseguidores, sus esperanzas de éxito prácticamente se desvanecieron casi por completo.
Transcurrieron las horas de la noche, caminaba sin caminar, sin ánimo, sin esperanzas, dolorido físicamente y con una brecha de la cual, no paraba de manar sangre. Le invadía el triste convencimiento que antes o después sería capturado, había fracasado. Cansado, desmoralizado, lleno de decepción y pesimismo continuaba su particular aventura, más por inercia que por convencimiento.
No supo cuando, ni a santo de qué, se detuvo, quedándose reclinado en una pequeña agrupación rocosa. Después, tras permanecer inmóvil por un rato, se sintió sin ganas de continuar. El dolor de la ceja se convirtió en algo más que molesto, sentía como las fuerzas se le marchaban acompañando a los vahos de vapor que despedía en su aliento.
Agotado y sin voluntad de continuar, se sentó en el suelo apoyando la espalda contra la dura y fría roca, reclinó suavemente la cabeza mirando la luna y las estrellas. El frío lamió suavemente su rostro; se estaba desvaneciendo, se sintió ir, no quiso resistirse, no poseía fuerzas para más.
Un brusco movimiento lo sacó de su inconsciencia. Acabó tumbado boca abajo en el suelo. Era de día, muy temprano, acababa de amanecer, apenas si era capaz de abrir los ojos.

¡Había sido capturado!.
Con forzados gestos, le pusieron las manos en la espalda y le inmovilizaron colocándole unas esposas.
La noche pasada, quedó inconsciente y perdió la noción del tiempo que permaneció en ese estado, lo que era evidente es que, éste, fue el suficiente como para darles a sus perseguidores la oportunidad de encontrarlo. Su detención fue celebrada con gran jubilo y regocijo por parte de los componentes de la patrulla.
Lo realmente extraño en todo aquello, era que le colocasen una capucha negra sobre la cabeza impidiéndole la visión. No era la cosa para tanto, sólo era un cansado y abatido hombre que había intentado encontrar su libertad acompañado, en todo momento, por la mala suerte. Es de suponer, que no querrían correr el riesgo de una nueva huida. Por lo demás, se sentían muy orgullosos de su captura y, así, lo hicieron saber por la emisora de la radio durante todo el trayecto de vuelta, vanagloriándose y felicitándose por ello. Hasta hablaron con un periodista y se hicieron fotos junto a él, como si se tratase de un trofeo de caza.
Nada más llegar a la prisión, lo introdujeron encapuchado en una celda sin compañía alguna. No le quitaron las esposas, era de suponer que aquello representaba algún tipo de castigo por intentar la fuga y haberles hecho pasar a todos una mala noche en vela.
Protestó, gritó y maldijo todo lo que quiso, pero nadie le escuchó. A él no le preocupaba mucho el indigno trato, aunque le hubiese gustado que el doctor le diese un vistazo a la ceja. Corría peligro de infección, el dolor se estaba generalizando por toda la frente, si no limpiaban pronto el corte y aplicaban un punto de sutura, le quedaría una fea y antiestética cicatriz.
En las manos se le estaban produciendo hormigueos por la falta de riego sanguíneo, las esposas fueron colocadas demasiado fuerte y el permanecer con los brazos atrás, en la espalda, no ayudaba a que la sangre llegase hasta la punta de los dedos.
Permaneció en esta incómoda situación durante una hora, hasta que finalmente llegaron de nuevo los vigilantes, aunque para él, la claustrofobia y el ahogo causado por la capucha, además de la impotencia que generaba la inmovilidad de sus brazos hicieron que pareciese una eternidad.
Le libraron de este castigo permitiéndole la visión y sustituyendo las esposas por un juego de grilletes para los pies y las manos. A continuación, le escoltaron hasta la enfermería para hacerle una cura rápida. Él en sí, no se encontraba del todo bien. Tenía el cuerpo algo descompuesto tras la noche sin dormir, el cansancio y la tortuosa detención.
Después de dispensarle la atención médica necesaria, le guiaron hasta una *nevera* que era como vulgarmente se denominaban a las celdas de aislamiento. Éstas, normalmente, eran utilizadas como castigo para los presos más rebeldes.
Le quitaron los grilletes y lo dejaron sólo en aquel minúsculo habitáculo, sin posibilidad de entablar conversación con nadie. Así continuó, día tras día, con el único privilegio del disfrute de un soplo de aire fresco que le proporcionaba el paseíllo diario de veinte minutos, por el pequeño patio interior. Tenía por únicas compañías al cielo, a las nubes pasajeras y al vigilante que, en la parte alta del muro, cumplía su cometido observándole sin quitarle la vista de encima.
Pasó en solitario el mes de encierro especial. Se incorporó al recinto con los demás reclusos. Le destinaron al pabellón de criminales peligrosos. Era de esperar, aquí había mucha más vigilancia y seguridad que en los corredores normales, las celdas eran individuales, pero inevitablemente los vecinos eran mucho más conflictivos y peligrosos.

Cuando llegó a la celda, le entregaron el correo atrasado. Había una carta con el membrete oficial del colegio de abogados, en ella, se le comunicaba que se había asignado un abogado de oficio para su caso, el cual, permanecía pendiente de fecha para la vista preliminar. Quedó francamente extrañado por el contenido del escrito porque la vista preliminar de su caso, fue realizada en su día y el proceso ya había superado esa etapa.
Su fuga le acarreó la desconfianza extrema de sus carceleros y el respeto de los compañeros. Los otros presos no le trataban como a un ladronzuelo de guante blanco, no como a un don nadie; eran amables y hasta complacientes con él.
Un colega le proporcionó un periódico fechado el día siguiente a su fuga. Contenía un artículo que hablaba en detalle de su aventura e incluía fotos.
Después de cenar, se retiró a su celda a leer el artículo, disponía de una hora y media antes de que fuese la hora de apagar las luces. Abrió el periódico y comenzó a leer despacio, no podía creer lo que escribieron sobre él, “El carnicero naranja” en clara alusión al color llamativo de la ropa de presidiario.
Era increíble las mentiras que se contaban sobre él, inverosímil todo lo relatado. No era cierto nada… Ahora entendía muchas de las cosas que le habían ocurrido hasta ese momento desde que volvió: el respeto de los otros presos, el cambio de pabellón, la comunicación de una vista preliminar, pero…, ¿cómo decir que él no hizo nada de aquello en la casa? ¿Para qué proclamar su inocencia? Nadie le creería y, lo que era peor, nadie tendría interés en creer lo contrario.
Según el artículo, quien hizo aquella salvajada fue él, no había lugar a dudas, las pruebas así lo evidenciaban. Un baño de sangre y muerte, una vida truncada, imágenes terroríficas, salvajismo, sangre por doquier.
La excitación y la indignación, hicieron que la sangre fluyera hasta su rostro y se sofocara. Necesitaba una bocanada de aire fresco para aliviarse y que nadie le viese llorar…, llorar de rabia, llorar de desesperación, llorar de injusticia.
Asomó el rostro por entre los barrotes de la ventana y miró desconsolado a la negra noche. Si las lágrimas se lo hubiesen permitido, habría podido apreciar que, allí, en mitad de la oscuridad, contemplándole en silencio, había dos brillantes ojos observándole con aire de agradecimiento por haber sido su amigo, por caminar junto a él, por haberle enseñado el olor a sangre y lo sabrosa que sabe la carne de los humanos.
Todas las noches, aquel ser salía de su cueva e iba allí, junto al muro a olerlo, a sentirlo cerca, a esperar que saliese de nuevo para que le ofreciese un suculento manjar. Cuando el animal se cansaba de esperar, se marchaba en busca de otra comida. Nunca encontró algo que fuese tan sabroso como lo que le mostró su amigo.
Así pues, cuando se hartaba de esperarle, se conformaba con los restos comestibles que podía extraer de los contenedores de basura de aquel lugar.
Sin embargo, al animal se le hacía la boca agua pensando en tanta y tanta comida, allí encerrada, tras aquellos muros que le impedían el paso, pero…, él era feliz, no perdería fácilmente la esperanza. Mientras pudiese husmear en el aire a su amigo, no abandonaría la ilusión de volver a caminar por el campo, junto a su compañero humano e ir de caza como lo hicieron aquella noche en que se conocieron.

Sólo era un hormigueo

Hoy sonrío contento frente al espejo, es tanta mi alegría que los ojos se me llenan de lágrimas. Una de ellas, ha quedado retenida en el filo de mi párpado flotando temblorosa, a punto de deslizarse por la mejilla.
La sonrisa se dibuja en mi rostro carente de nariz como una mueca grotesca, pero mis ojos brillan con el efecto que sólo la felicidad es capaz de producir. Cuando contemplo mi semblante deformado por la mutilación, me consuelo inocentemente imaginando que se trata de una máscara de carnaval que, tarde o temprano, conseguiré quitarme. Esta fantasía es la única forma posible de aceptar su horrible visión. Las demás personas de mi alrededor no han sido capaces de hacerlo y, algunas de ellas, no se atreven a mirarme directamente a la cara. No pueden evitar el acto reflejo de dirigir sus pupilas, obsesivamente, al hueco vacío emplazado, en el lugar, donde debiera estar mi nariz.
Bien es sabido, por todo aquel que lo sufre, que esta deficiencia es algo que llama tremendamente la atención de todo viandante que se cruza en tu camino. El verte observado es una sensación desagradable y angustiosa, como si fueses un bicho raro o un monstruo de feria. Muchos de los curiosos, ni siquiera se molestan en mirar de reojo; el descaro de la gente es evidente y, hasta en ocasiones, ofensivo. En el caso de los niños no hay más remedio y es algo perdonable, ellos son así, inocentes, carentes de malicia y sin morbosidad, esto mismo no se puede afirmar de los adultos.
Al principio intenté tapar el problema, pero la gente se iba extrañando al verme a diario.
De hecho, nunca había sido fácil ocultar la terrible amputación. Lo conseguí, a duras penas, por medio de un elaborado montaje, utilizando para ello, un poco de gasas llenando el cráter y sujetándolo todo con unas tiras de esparadrapo. De esta forma, simulaba que hubiese nariz. Aún cuando el engaño cumplía con su objetivo, conllevaba la incomodidad de tener que portar aquel abultado pegote en el rostro, algo bastante molesto y del todo antiestético, aunque era menos llamativo que llevar un agujero en la cara.
Definitivamente, aquella tara, fue totalmente inocultable cuando me operé para colocar un injerto metálico ya que, éste, actuaría de soporte para la prótesis plástica. Durante el periodo de curación, en el postoperatorio, debía tener las heridas al aire para facilitar su cicatrización. En esta situación era imposible tratar de enmascarar la falta del apéndice nasal con ningún tipo de artimaña. Evidentemente, en esos días, salía lo menos posible a la calle y, cuando lo hacía, me veía obligado a desviarme de las miradas de la gente como si fuese un proscrito.
El simple recuerdo de aquella época, me producía una angustia que me arrastraba irrefrenablemente hasta el desasosiego. A causa de ello, durante días, fui incapaz de dormir. Me costó semanas de terapia aceptar la pérdida de mi nariz y conseguir descansar, sin pesadillas, en paz conmigo mismo, sin reprocharme nada.
Ya esto ha terminado; hoy estoy eufórico y muy animado porque, al fin, he recogido las narices de caucho en el centro médico. Las prótesis ortopédicas son de muy buena calidad y pesan muy poco. Éstas fueron hechas por verdaderos especialistas en

Alemania. Las prótesis son completamente a medida garantizando su acople perfecto en mi rostro. Tres narices con idénticas dimensiones y forma. Además, habían sido diseñadas con un perfil en consonancia con la fisonomía de mi cara. Poseen diferente tonalidad de color de piel, para poder seleccionar la más idónea según sea mi tono de bronceado a lo largo de las diferentes estaciones del año. En resumen, unas piezas fantásticas, un sueño hecho realidad.

Con el vástago que me injertaron quirúrgicamente, la sujeción estaba garantizada; hasta podía correr sin peligro que se moviese o se despegase. Sería vergonzoso estornudar y que saliese la nariz disparada. ¡Menudo apuro! Aunque…, pensándolo bien…, sin una de verdad, sería imposible estornudar. Este supuesto, es tan ridículo como pretender sonarse los mocos con ellas.

La colocación de la prótesis es sencilla y, el método, más simple, imposible. Una vez acoplada, se aplica una pequeña capita sellante de maquillaje en la junta de unión con el rostro. ¡No se nota nada! Únicamente, debía tener la precaución de no dormir con ella puesta, se puede estropear o agrietar. Cumplir con este requisito no representa ningún sacrificio.

Me he acoplado una de las narices y he realizado todo el proceso, paso a paso, tal y como me enseñaron en el hospital. ¡Es maravilloso! Mi imagen se refleja en el espejo mostrándome a una persona normal, de frente, de perfil, de todos los ángulos posibles. ¡Es indescriptible la felicidad que me embarga! No quiero recordar y ponerme melancólico. ¡Déjenme disfrutar de la alegría! ¡Me lo merezco tras mi calvario!

En muchas ocasiones, revivía mi pasado y, era entonces cuando añoraba los primeros tiempos, cuando todo comenzó, cuando todo era mucho mejor, cuando todavía aquella sensación de cosquilleo era agradable y beneficiosa.

Llegaba hasta mi mente el recuerdo de la primera mañana, aquella que al levantarme, sentía un ligero hormigueo en la punta de la nariz. No le di importancia alguna en aquel momento, con seguridad se trataba de un pasajero tic nervioso. Aunque, realmente, no acertaba a comprender qué era lo que me preocupaba hasta el punto de causarme aquella intranquilidad. No obstante, sospechaba que tuviese algo que ver con mi profesión; yo trabajaba de corredor en la Bolsa de Valores. Esta labor me acercaba a situaciones de tensión, una decisión precipitada o tardía a la hora de comprar o vender, podía significar miles de euros de ganancias o pérdidas. Los inversores habían depositado su confianza en mí, bueno…, no en mí concretamente, sino en la compañía para la cual trabajaba y, por supuesto, todos deseábamos sacar el mejor partido posible al dinero de nuestros clientes.

Por aquel entonces, yo no era de los mejores corredores. Mis estadísticas eran medianas, ni buenas, ni malas. Por ese motivo mi cartera de clientes no era muy suculenta, una cosa conllevaba a la otra. En síntesis, mi problema residía en ser demasiado metódico y analítico. Siempre me gustaba tener las cosas bajo total control. No me atraía el riesgo, más bien, era conservador y carecía de instinto para sacarle el partido debido a las situaciones confusas y arriesgadas. Al menos, eso era lo que me decían siempre los triunfadores, que todo era cuestión de intuición. Yo jamás llegué a creerles.

Conocía el caso de algunos de ellos que se dejaron llevar por sus corazonadas en operaciones de envergadura; las cuales, finalizaron siendo un fracaso financiero y, a la vez, un desastre para sus carreras profesionales quedando, desde entonces, marcados y relegados al olvido de los inversores tras haber perdido su confianza. Cuando alguien caía en desgracia, los bulos y los rumores perniciosos sobre él, se expandían más rápidos que la pólvora encendida. El afectado en cuestión, perdía cartera y, ante la falta

de actividad, sucumbía a la depresión. Su desesperación se hacía cada vez, más y más patente, por lo que quedaba descartado para este trabajo donde la templanza y la agresividad en los negocios son armas básicas.
Pero…, para mí, aquel día todo cambió. Estando a punto de cerrar una transacción de mucha envergadura, comencé a sentir un cosquilleo en la punta de la nariz y una sensación de seguridad creció en mi interior. Algo me decía que aguantase un poco más antes de vender aquellos valores, que no era el momento de cerrar la operación todavía. Ésta era una decisión en contra de todo pronóstico y del buen criterio financiero. Era arriesgada como ella sola; los números aconsejaban vender lo antes posible porque, la bajada del valor de aquellas acciones, si se produjese, sería en picado y no se detendría.
¡Alguna vez debía ser la primera que me arriesgase! ¿Por qué no podía ser aquella?
El cosquilleo continuaba indicándome que me mantuviese firme.
Ese día, nadie apostaba por el sector del maíz, cualquiera en su sano juicio no habría retenido las acciones ni un segundo más. Quemaban en mis manos, era más, mi supervisor venía en mi búsqueda para relevarme y dar, él mismo, la orden de venta de todo el paquete antes de que pudiésemos generar pérdidas cuantiosas.
Inesperadamente, saltó una noticia sobre la concesión de unos créditos blandos por parte del Gobierno, dirigidos éstos a subvencionar y promover los cultivos de maíz. Esto hizo que cambiase radicalmente la situación y, en tan sólo unos segundos, se produjo un crecimiento desmesurado de la cotización de dichos valores.
Mi supervisor me gritaba acompañando los gritos con gestos elocuentes: ¡Vende, vende ya! Así lo hice. Vendí todo el grupo de acciones antes que se pasase la momentánea euforia generada por la noticia. Conseguí pingües beneficios en una operación que, en un principio, en el mejor de los pronósticos, auguraban ser sólo mediocres.
Aún cuando la operación finalmente fue todo un éxito, no me libré de la reprimenda por parte de mi jefe.
Después de esta transacción, le siguieron otras también arriesgadas que me produjeron más cosquilleos en la punta de la nariz. Fui tomando decisiones de compra o venta en virtud de esta intuición proporcionándome, inexplicablemente, éxitos inesperados y muy cuantiosos beneficios.
Por fin, como consecuencia de esta extraña cualidad, gozaba de una ventaja respecto a mis rivales. Mirándolo bajo el prisma del humor, casi se podría decir metafóricamente que comenzaba a tener olfato para las inversiones ventajosas.
Mi cartera de clientes fue creciendo como la espuma, más y más. Cada vez eran más complejas y arriesgadas las decisiones que tomaba, pero los beneficios también crecían exponencialmente así como mi cotización en el mundillo de las finanzas. ¡Era el rey en aquella jungla de dinero y números!
Durante este periodo de crecimiento profesional, una vez cerrada las cotizaciones en la bolsa, marchaba a tomar una cerveza junto a mis compañeros, orgulloso, sabiéndome ganador y envidiado por ellos. Me permitía el lujo de pasearme con descaro por delante de mis rivales pavoneándome, sintiéndome enardecido como el gladiador que marcha triunfante abandonando la arena manchada de sangre del anfiteatro tras haber salido victorioso de una lucha a muerte.
Debido al acierto conseguido en mis decisiones, acabé abandonándome a los dictados de mi nariz. Me acostumbré a despreocuparme y a seguir, continuamente, sus indicaciones para cualquier decisión que tuviese que tomar. El proceso era bien fácil, simplemente me planteaba las alternativas mentalmente y pensaba en ellas, aquella que me produjese la sensación de hormigueo en el apéndice nasal, ésa era la escogida;

la aceptaba sin más, sin entrar en ningún otro tipo de valoraciones. Lo más curioso del asunto era que, en el fondo, tenía que reconocer que me iban bien las cosas con aquellas decisiones. El hecho de no tener que preocuparme por sopesar pros y contras de las diferentes alternativas o por tener que decidir, era fantástico. Ella ya lo hacía adecuadamente por mí y con estupendos resultados.
La cosa se complicó. Poco a poco, fue creciendo el nivel de los clientes y las cuentas que se me asignaban eran más abultadas. Cada vez, unas carteras más selectas, más exclusivas, compañías más ambiciosas y exigentes con sus inversiones. Cuanto mayor riesgo hubiese en la decisión y más beneficio en juego, más fuerte era la sensación que se producía, hasta que llegó un momento en el que, aquel cosquilleo, se transformó en una molestia, para más tarde, convertirse en auténtico dolor.
Llegué a un estado de verdadera paranoia. No podía tomar ninguna decisión sin su aprobación implícita. Me impedía caminar hacia donde yo quisiese, tenía que ser hacia donde ella desease y, siempre, presionándome a base de dolor. Si me resistía, aparte del dolor, me generaba una hemorragia nasal.
¡Era imposible llevar una vida normal! A ella le molestaba especialmente la polución de la ciudad. En ocasiones, me obligó a conducir hasta el campo, le gustaba respirar aire puro, limpio de contaminación y de malos olores. Llegó un punto en el cual, no me dejaba ir a mi trabajo porque nunca le gustaron los lugares cerrados. Se me agotaban las excusas, no sabía que más inventar. Esto no podía seguir así, me estaba arruinando la vida. Esta situación, era una autopista que me conducía al fracaso profesional. No se lo podía explicar a nadie porque, con toda seguridad, me tomarían por loco. Fueron cuantiosas las veces que visité al otorrinolaringólogo. Le informé con detalle del tipo de molestias que sufría y recalqué que me dolía. No acertaban con la causa ni con el remedio.
Ante mi reiterada presencia en la consulta, finalmente, hacían caso omiso de las quejas y de mis padecimientos, simplemente se limitaron a hacer las pruebas de rigor y no mucho más.
Creo que nunca llegaron a entender la naturaleza del problema. Durante las exploraciones, alguna vez, estuve tentado de explicar que mi nariz tenía voluntad propia. No obstante, por suerte, entendí a tiempo que nadie me comprendería y que me tacharían de chalado.
Tenía que poner remedio de una vez y erradicar el problema, pero cuando me ponía a pensar en ello, se producía un terrible dolor que me llegaba hasta el cerebro y debía dejar pensar. Por este motivo, lo maquiné todo mientras dormía. Planeé todos los detalles en mis sueños, qué pasos debía seguir: Avisar a una ambulancia, a los diez minutos cortar y separar aquel monstruo de mi rostro, gasas y esperar a que llegasen los enfermeros, todo sin desmayarme.
Anduve nervioso e inquieto durante días, quería hacerlo, pero no me atrevía, cuando tomaba el teléfono para llamar a la ambulancia me echaba hacia atrás, pero un día…, un día fui valiente y armado de valor, lo hice, con seguridad y determinación.
Cuando llegaron los enfermeros y vieron lo ocurrido, quedaron estupefactos por lo incomprensible del acto que estaban contemplando.
No obstante, con alarde de buen criterio y sangre fría, pusieron el trozo de apéndice mutilado en hielo y lo transportaron hasta el hospital.
Una vez llegué a urgencias, los cirujanos se empeñaban en engancharme de nuevo a aquel ser. Yo me negué. Mi decisión era el fruto de una reflexión racional y cuerda; no había sufrido todo aquello para volver a comenzar. Los médicos se quedaron perplejos, no salían de su asombro ante mi negativa a que volvieran a coserme la nariz al rostro.

De hecho, tras haber terminando los primeros auxilios, me hicieron firmar un papel donde declaraba mi rechazo voluntario a aquella intervención quirúrgica. Con cinismo e ironía, yo les recomendé que hiciesen una biopsia a aquel tejido, que no era lo que parecía, no era un simple trozo de carne; era un parásito que se enganchó a mí y que intentó doblegar mi voluntad.
Al día siguiente, estando todavía hospitalizado, vinieron los médicos a charlar conmigo. Más tarde supe que dos de ellos, eran psicólogos. ¡Pobres ignorantes! A lo peor pensaron que yo estaba loco, no podían imaginar lo feliz que era habiéndome deshecho de aquella cruz, por fin adquirí mi anhelada libertad. ¡Bajo precio para tan alta recompensa!
Mi vida se estabilizó, otros amigos, otro trabajo, otros entretenimientos, era necesario variar todo lo que formó parte de mi pasado.
Bueno…, se acabó el recordar, hay que vivir el presente.
A ver…, esta nariz que tengo puesta es demasiado morena, la dejaré para el verano. De estas dos, cualquiera de ellas valdría, una es clarita y la otra un poquito más oscura, ninguna de las dos es mi tono de piel actual, ¿cuál me debería poner?
Acerqué la mano izquierda a las narices de caucho para tomar una de ellas. Continuaba dubitativo. Al poner la mano encima de una de las prótesis, un cosquilleo en mitad de la palma me indicó que aquella, justo aquella, era la que más me iba a favorecer y menos se notaría con el maquillaje.

-Sí, sí querida amiga- contestó en voz alta mirando a su mano-. Estoy totalmente de acuerdo contigo, no sé que haría yo sin tu ayuda, sería un naufrago perdido en un mar de dudas.

El francotirador

Una crisis demasiado larga generó una precaria economía. La inseguridad, el desempleo y el hambre, alimentaban odios ancestrales que consiguieron enfrentar a dos pueblos, dos etnias y a sus dos religiones. Las masas aborregadas, se dejaban llevar por consignas enardecedoras de las virtudes y la superioridad de los unos sobre los otros.

El discurso disfrazaba de justas reivindicaciones, los oscuros intereses personales de unos pocos. Verdades a medias, contadas como dogmas absolutos de razón y justicia.

En cada área geográfica, los grupos mayoritarios, oprimían y hostigaban a las minorías para provocar la emigración forzosa y conseguir la limpieza étnica de la zona. Familias enteras abandonando sus hogares, dejando una parte de sus vidas, tantas y tantas ilusiones, recuerdos y sacrificios. Marchaban hacia donde no fuesen perseguidos ni odiados. Se dirigían hacia un destino incierto, en silencio, amontonados, con sus pertenencias a cuestas, sin saber con certeza cuando podrían volver o, si debían dar por perdido todo aquello que dejaban atrás.

El conflicto en las calles iba a más. La tensión social se palpaba en el ambiente. Un altercado, un incidente sin importancia, algo tan nimio que ya nadie recordaba, enfrentó definitivamente a los dos bandos. La espiral de violencia creció y creció, sin que las autoridades pudiesen o quisiesen ponerle freno.

Al final, alguien tomó un megáfono y proclamó su mensaje a los cuatro vientos. Hablaba de independencia, hablaba de autodeterminación, hablaba de libertad y hablaba de guerra. El populacho escuchaba absorto sus palabras, la multitud estaba como hipnotizada, le apoyaba, le vitoreaba y lo que fue peor, le secundó.

Una vez fueron desenterradas las hachas de guerra, no podían ser guardadas de nuevo sin que se manchasen de sangre, pero la derramada, siempre, exigía más en compensación. En ambos grupos, las víctimas inocentes reclamaban venganza y justicia divina.

La guerra inevitablemente se había iniciado. Los coteales contra los miteles y viceversa. Sólo dejarían de pelear cuando uno de los dos contendientes se rindiesen o cuando estuviesen tan agotados de generar y padecer calamidades e injusticias, como para no continuar teniendo voluntad de seguir luchando.

Casi dos años de guerra civil destrozaron a los dos pueblos, sembrando el odio entre los amigos, las familias y los hermanos. Quienes peor lo pasaron fueron las familias mixtas que fuesen a donde fueran eran considerados enemigos. Muchos de ellos, decidieron quedarse a vivir en su mismo pueblo, el de toda la vida. Éste era su caso. Él era un coteal y su esposa una mitela. Se casaron hace veinte años. Tenían una hija de catorce y, hasta el comienzo de la guerra, habían convivido apaciblemente y en armonía con todos.

Cuando llegó el momento de la lucha, él se incorporó a la contienda formando parte del bando de los coteales. Marchaba tranquilo sabiendo que su esposa e hija quedaban en buena compañía, con su familia y sus vecinos de siempre. Hoy retornaba del frente

después de haber pasado más de un año y medio alejado de su casa. Volvía licenciado tras haber sido abatido. Una herida de metralla le produjo serias secuelas en una pierna y, ésta entorpecía su movilidad. Tras recuperarse, podía caminar con cierta torpeza, pero no podía correr y, un soldado que no fuese capaz de emprender una carrera en el combate, sólo era un lastre para el resto de la patrulla. Su lucha en esta contienda había finalizado.

Viajaba en un autocar lleno de gente y de bártulos, pensando en su hogar anhelado y en el recibimiento que le darían. ¡Iba a ser una sorpresa tremenda para su mujer y su hija! ¡No sabían que él regresaba!

Mirando por la ventanilla, observaba los campos y los pueblos a su paso. El panorama que presentaba el paisaje era desolador, sólo se distinguía destrucción y calamidades por doquier. Aquella guerra estaba resultando demasiado equilibrada y por ende, devastadora para todos; nadie estaba ganando, todos perdían en este enfrentamiento y, cuanto más se prolongase, más desgracias y más miserias obtendrían. Esta guerra solamente beneficiaba a los mismos de siempre, a los que no combatían y que sabían extraer provecho de las contiendas

Finalmente, llegó a su hogar, una pequeña casita situada a las afueras del pueblo, muy cerca de los campos que con tanto esfuerzo y sudor había cultivado año tras año. La puerta estaba cerrada, el huerto yermo, la tierra sin labrar, parecía que todo aquello estuviese abandonado.

Se dirigió a la casa de sus padres. Ellos le explicaron lo sucedido. Su esposa e hija habían perecido. Amargo y triste mensaje, entregado por su familia entre lágrimas y desconsuelo. El soldado, cabizbajo y anonadado, habiendo perdido la ilusión por vivir, se retiró con paso cansino hacia su hogar. Pasaría por la iglesia para rezar por sus almas y después, iría a visitar sus tumbas al cementerio para darles un adiós, para recordarlas, para llorar y lamentarse en soledad fuera de las miradas de los demás. Se sentía terriblemente culpable por no haber estado allí para evitar lo sucedido.

Los días transcurrieron, los partes de guerra difundían las victorias parciales que iban saltando de un bando al otro, según fuese el origen de la información. La realidad era que, en esta región, la primera línea de combate se aproximaba peligrosamente a la zona. Desde allí, se escuchaban perfectamente el tronar de las baterías de artillería ligera y los efectos del avance enemigo se hacían notar, sobre todo, por el repliegue de las tropas propias. De hecho, hacía días que había llegado a estos parajes un francotirador que, de una forma selectiva y, desde diferentes puntos, iba abatiendo, poco a poco, a los habitantes del pueblo.

Una comisión en representación del ayuntamiento, en la cual estaba incluido su propio padre, fue a visitar al soldado en su casa a las afueras. Rogaron que les ayudase a cazar al francotirador. Él poseía más experiencia en combate que ninguno de ellos. Tenía que ayudarles porque era su última opción. Antes de dirigirse a él, habían hablado con las milicias locales, pero éstas estaban demasiado ocupadas defendiendo posiciones estratégicas y preparando su retirada, como para perder el tiempo yendo a la caza de un solitario francotirador.

El hombre tras escuchar la petición, se negó con rotundidad. Él estaba discapacitado para el combate, lo habían licenciado por inútil y, en su opinión, ya había luchado lo que le correspondía y por ello, perdió lo que más quería en este mundo. No poseía nada por lo que pelear. Quería que le dejasen sólo con su calvario, ahogando su pena con aguardiente intentando olvidar como mejor pudiese. No le importaba morir, pero según les justificó, estaba muy cansado de tantos horrores y de tanta guerra. No estaba dispuesto a luchar a favor de aquellos que no defendieron a su familia. Dicho estaba, no

iba a poner su vida en juego para salvaguardar los intereses de otros. Lo hizo una vez, pagó un precio muy alto por ello y no volvería a hacerlo.
Debido a su negativa a colaborar, los miembros de la comisión se marcharon amenazándole con el menosprecio por parte de todos, pero aquel hombre, no necesitaba de nada ni de nadie y así, lo había hecho saber.
Ante el incesante ataque del francotirador y, gracias a la insistencia de la gente del pueblo, finalmente, la milicia decidió enviar a dos de sus hombres para que indagasen sobre los incidentes. Estuvieron allí e hicieron todo tipo de preguntas para determinar el patrón de actuación del tirador, si atacaba por la mañana o al atardecer, qué víctimas escogía, en qué lugares actuaba, tomaron nota de todo lo que consideraron importante para preparar un plan de caza y captura. Con esta información en su poder, los dos milicianos montaron en su destartalado vehículo y retornaron hacia su campamento.
Partieron tomando el camino asfaltado del norte. Se encontraban a medio kilómetro del pueblo cuando de repente, se escuchó un fuerte sonido en el parabrisas, como si una piedra hubiese saltado, golpeándolo y rompiéndolo. Inmediatamente, el vehículo maniobró con un giro brusco que hizo que se saliese de la carretera, sobrepasando la cuneta y terminando, por clavar, el morro en una zanja.
El soldado acompañante, algo aturdido por el choque, intentó auxiliar a su colega, pero cuando giró el cuerpo inmóvil del conductor, éste no reaccionaba. ¡Estaba muerto! Un disparo le había impactado en pleno pecho, ésa era la explicación del por qué tuvieron el accidente, nada de piedras, había sido un disparo preciso.
Se dispuso a salir con cautela del coche, el tirador todavía podría estar esperándole.
Agazapado, al amparo del vehículo, observó los alrededores. Cerca, a unos cincuenta metros, había una lengua de árboles que se prolongaban desde el bosque cercano. Para poder alcanzar al conductor en el pecho, tenía que haber disparado desde allí. Intentaría acercarse, era necesario dar caza al asesino. No podía quedar impune y sin vengar la muerte de su amigo. Sólo escribiría la carta de condolencias a la viuda, si estaba acompañada por la noticia de la ejecución del asesino de su marido.
Se movió agachado y a gatas mientras la carrocería del vehículo le protegía. Entonces, bruscamente y con la rapidez de un rayo, cruzó la carretera haciendo movimientos quebrados en zig zag, tirándose de plano delante de unos hierbajos altos. Durante su breve carrera escuchó un disparo y un "prink" en el asfalto. ¡Ufff! Estuvo cerca, todavía estaba ahí. El tirador le acechaba. La rápida maniobra le había pillado por sorpresa y un poco descolocado, aunque por el breve tiempo que tardó en reaccionar, se notaba que era experimentado.
En un principio el tirador pensó que el soldado iba a salir por el otro extremo del coche y eso fue la causa de su despiste. Esto le fastidió en gran medida, por un lado, porque ahora el soldado era una amenaza e iba a por él; por otro, él quería completar su cupo y si el soldado hubiese fallecido en el accidente, ya habría terminado.
El número de víctimas, formaba parte de una macabra cuenta. No pararía hasta que éstas llegasen a diez. Después, se retiraría en paz y abandonaría aquellos parajes para siempre.
El soldado reptó sigilosamente, apartándose del lugar donde aterrizó en su caída; no quería que disparasen a ciegas y le diesen por haber permanecido quieto en el mismo sitio. El avance se debía hacer con muchísima cautela. La prudencia era su mejor aliada, cualquier perturbación o movimiento reflejado en las matas e hierbajos, podrían indicar, claramente, su posición al enemigo. Para reforzar su mala suerte, no corría ni una suave brisa que pudiese hacer bailar la vegetación, el aire estaba completamente

estático. Todos los elementos del paisaje permanecían inmóviles, al igual que la imagen mostrada por una fotografía.
El tirador había dejado el fusil apoyado en el suelo, la mira telescópica iba bien para la puntería, pero con ella se perdía la visión global y periférica. Para descubrir a su oponente, oteaba la zona con unos prismáticos. Su posición era ventajosa permaneciendo al amparo de los troncos de los árboles. Sabía que el soldado durante su carrera, con la precipitación de los movimientos evasivos, no había tenido tiempo suficiente para ubicarlo puesto que tuvo que cruzar muy deprisa la carretera.
Ahora, era sólo cuestión de averiguar quién era el más paciente de los dos. Él tenía claro que su sino era continuar allí oculto. Si acababa con este objetivo, todo habría finalizado, si lo dejaba vivo y se marchaba, mañana habría patrullas buscándolo y no quería tener a nadie rastreando sus pistas, deseaba terminar aquel asunto de una vez por todas.
¡Maldita sea! Voy a tener que dar un rodeo demasiado grande, pensó el soldado. Cuando llegue a los árboles se me habrá escapado. No será tan tonto de continuar allí oculto esperándole o, tal vez, sí. Con los francotiradores nunca se sabía. Eran tipos solitarios y poco habladores. Unos bichos raros que no se relacionaban con los demás. Existía gente que poseía una paciencia y aguante infinito, ésta era una de las cualidades de un buen tirador. En ocasiones, durante sus escaramuzas reducen tanto los movimientos y van tan bien camuflados, que no existe forma alguna de distinguirlos del entorno. Por su quietud, le recordaban, en cierto modo, a las estatuas humanas que vio una vez en las ramblas peatonales de la ciudad, durante un viaje a la capital. Aquellos mimos caracterizados de estatuas, con todo el cuerpo pintado de blanco, plata o bronce. Permanecían inmóviles durante minutos, ni siquiera parpadeaban hasta que un transeúnte les echaba una moneda, entonces, por unos segundos recobraban la vida, realizando un cambio de postura y, de nuevo, vuelta a quedarse completamente quietos y estáticos en espera de la siguiente aportación monetaria.
¡Pufff! ¡Estoy paranoico! Aquí plantado jugándome la vida y con la mente puesta en tonterías de mimos.
El tirador valoraba la audacia y valentía de su rival, el cual, sabiamente, permanecía oculto y cauteloso para no proporcionarle ninguna pista sobre su paradero. Si por el contrario, se estaba moviendo, en ese caso, lo estaba haciendo mucho mejor de lo que él pensaba porque, realmente, no estaba siendo capaz de distinguir ningún movimiento sospechoso en la vegetación. En una hora se haría de noche y la cosa se complicaría, no venía preparado para tal eventualidad. El equipo de campaña lo entregó en el frente junto con el visor de infrarrojos. Sólo le permitieron quedarse con el fusil de precisión y la mira telescópica en reconocimiento a los servicios prestados y a la gran cantidad de bajas confirmadas obtenidas en combate, era casi una leyenda en su batallón.
Por un momento dejó de observar con los prismáticos el campo. Sacó una fotografía de su mujer y su hija. La miraba con nostalgia y tristeza. Comenzó a pensar en lo acontecido y en aquello que su familia le había explicado a su regreso.
En el pueblo había habido muchas pérdidas en el frente y el odio hacia los miteles estaba muy arraigado. Poco a poco, la gente comenzó a mirar mal a su mujer y a su hija, no las querían allí, pero tampoco ellas podían marcharse a otro lugar. En cualquier otro sitio serían perseguidas y, con los de su etnia, serían fusiladas por traidoras y por confraternizar con el enemigo. En cualquier caso, estarían malditas y serían el blanco de la furia de sus conciudadanos.
Él sabía que sus padres y hermanos las protegieron acogiéndolas en su hogar, pero aún teniendo la protección de su familia, la gente de aquel desagradecido pueblo

continuaron increpándolas. Las insultaban, las amenazaban y, los niños, les tiraban piedras a su paso, hasta que un trágico día, aparecieron en las afueras, camino de casa, violadas y con un disparo en la cabeza. Fue alguien del pueblo, de eso no cabía duda.

¡Nadie se molestó en buscar un culpable! Se habían cargado a una mitela y a su hija. Todos poseían su parte de las culpas, unos por insultarlas, otros, por apedrearlas y otros…, por matarlas. No se podía señalar a ningún culpable directo porque lo fueron todos ellos. Nadie quiso ver en ellas a su familia y respetarlas como tal. No comprendía la razón por la que le habían hecho esto a él. Ellas no eran culpables de esta maldita guerra, no eran traidoras a nada ni a nadie. Él estuvo dispuesto a dar su vida en el frente para salvaguardarlos, luchando al lado de sus hijos, de sus padres, de sus vecinos, como si se tratasen de sus propios hermanos.

Juró sobre las tumbas de su esposa e hija que morirían cinco personas de aquel maldito pueblo por cada una de ellas. El miliciano, conductor del vehículo, no era del pueblo, pero como si lo fuese porque había estado allí; por ello, lo daría por válido para su cuenta tan particular. Comenzaba a estar harto de esta matanza sin sentido, pero pasase lo que pasase, cumpliría con la promesa. Esta situación era una locura, él lo sabía, esto mismo le contestó su madre cuando le expuso su plan. Ésta intentó persuadirlo de su idea loca, pero el esfuerzo y las buenas palabras de la mujer fueron en vano. Él había hecho una promesa solemne y debía cumplirla. La venganza es una amarga recompensa. Un buen día comenzó todo y ahora estaba a punto de finalizar.

Cuando los del pueblo fueron a su casa a pedirle ayuda para acabar con el tirador, él se reía interiormente de ellos viendo reflejado en sus rostros el miedo y la preocupación. ¡Él no se podía autocazar! Al recordarlo, una sonrisa burlona se dibujó en su rostro. A continuación, sacudió levemente la cabeza para sacarse aquellos pensamientos de encima, se había distraído de nuevo. ¡Éste era un error garrafal! ¿Dónde estaba el miliciano? La duda le sobresaltó haciendo que su corazón pegase un brinco.

Mientras tanto, el soldado había valorado la posibilidad de llegar hasta una pequeña agrupación de rocas, donde podría refugiarse y, desde allí, dar el siguiente paso. A la velocidad a la que se movía tardaría una media hora en llegar. Este tiempo se iba a convertir en algo eterno. Parece mentira que el cuerpo fuese así, pero ante la tensión y el miedo del momento, le habían entrado unas ganas terribles de hacer sus necesidades.

Tenía prisa, los retortijones de barriga le estaban torturando, pero…, ¿qué hacer? En última instancia, su cuerpo le exigía un alivio. Se recostó de medio lado y tumbado como estaba, orinó con un cañito que no alcanzaba más allá de unos pocos centímetros, con mucho cuidado, dosificando las fuerzas, intentando que los esfuerzos sólo fuesen dirigidos a orinar, sin dar pie a que otros músculos apretasen a la vez más de la cuenta y se iniciase la defecación. Sintió que la vejiga acallaba en sus dolorosas quejas. No así sus tripas, que en un ataque de celos y envidia, comenzaron a martirizarlo despiadadamente, retortijón tras retortijón.

En vista de las presiones internas ejercidas por su propio organismo, aceleró su ritmo de avance, debía llegar a un lugar seguro para hacer lo inaplazable. Su movimiento se volvió más apresurado y precipitado, no por ello dejó de ser cauto, pero la necesidad apremiaba cada vez más. ¡Los nervios! ¡Los malditos nervios!

A nadie, en ninguna guerra, le gustaría que le pegasen un tiro en la cabeza con los pantalones bajados. ¡Menuda escena para aquel que encontrase el cuerpo! ¿Qué diría la notificación oficial del Ministerio de Guerra?

…“Sentimos mucho comunicarle la muerte de su hijo/esposo en el campo de batalla mientras hacía sus necesidades”…
¡Por Dios! Sonaba ridículo con sólo pensarlo. Esto no le pasaría a él. Finalmente, llegó al abrigo de aquellas rocas y pudo poner remedio a sus urgentes problemas fisiológicos. Era consciente que aquella cacería, de ratón y gato, debía terminar antes del anochecer, porque frente al visor de infrarrojos, que le permitía al tirador la visión nocturna, él tendría todas las de perder. No podía albergar la esperanza de que llegasen refuerzos milicianos porque, todavía, era demasiado pronto como para que les echasen en falta en el campamento. Tendría que arriesgarse en la próxima hora y terminar con su oponente, el sol estaba comenzando su declive.
No tenía claro qué pensar, estaba dubitativo. Se preguntaba si su enemigo permanecía todavía allí o no. Tal vez, estaba realizando todo aquello para nada y ya se hubiese marchado el tirador, pero cómo estar seguro y si se equivocaba…, sería su perdición. Había que arriesgarse. Contaría hasta cinco y saldría corriendo hasta la próxima agrupación de piedras. “Uno, dos, tres, cuatro y cinco”. ¡A correr!
El tirador vio a su contrincante correr, apareció como una sombra de entre los hierbajos, saliendo de unas rocas a otras, desapareciendo rápidamente. No le dio tiempo de alcanzar el fusil y disparar. Estaba mucho más cerca de lo que él sospechaba. El rato que estuvo divagando sobre su pasado, le había proporcionado a su oponente, la oportunidad de aproximarse hasta una distancia extremadamente peligrosa, pero ya sabía donde estaba, la próxima vez que se moviese no le pillaría desprevenido. ¡Seguro que no! ¡Él poseía el don de la paciencia! Lo cazaría en el próximo movimiento.
El soldado había corrido de lado, casi como un cangrejo, con la mirada fija en el grupo de árboles, tratando de distinguir una silueta, de apreciar un indicio que le señalase donde estaba el tirador. Sí, lo vio, su rival estaba desprevenido y tuvo que hacer un movimiento brusco que lo delató ante sus atentos ojos. Gracias a ello, él lo identificó claramente. ¡Ya conocía donde estaba su enemigo acechándole! Pero…, aún así, no sería fácil, ahora, su contrincante también conocía su posición.
El tirador tomó su fusil, lo apoyó sobre una roca y se dispuso a escrutar con extrema paciencia el área donde localizó al miliciano. Sólo era cuestión de esperar a que, su oponente cometiese un fallo. Además, el soldado era impetuoso, ya lo demostró en las dos ocasiones en las que apareció de repente. Seguro que se la jugaría una tercera vez, pero en esta ocasión él estaría allí esperándole y no fallaría.
¡Puffff! Otra vez la suerte le acompañó, se alegraba por ello el soldado. Estaba claro que necesitaba alcanzar los árboles para abandonar el desamparo del terreno al descubierto, era su única esperanza de cazar al tirador y de escapar de su mira telescópica. Debía ser rápido como una liebre y, de un salto repentino, colarse entre los árboles.
El tirador acariciaba suavemente el gatillo del arma, este gesto nervioso y repetitivo lo realizó infinidad de veces en el frente, teniendo a su objetivo al alcance de su fusil, aguardando el momento más propicio para el disparo. En este momento, no tenía el blanco fijado en su mirilla de disparo, pero era cuestión de tiempo y de tensa espera; el soldado aparecería de nuevo. Él tenía una técnica depurada que le permitía, realizar disparos rápidos a objetivos en movimiento con una efectividad muy alta, sólo era cuestión de saber por dónde iba a aparecer el sujeto y, éste, ahora, sólo tenía una vía de salida. ¡Él no desperdiciaría la oportunidad!
El soldado decidió aguardar unos minutos antes de precipitarse a la carrera, quería que la atención del tirador menguase por la espera. El tiempo iba transcurriendo lentamente. De nuevo, unas tremendas ganas de orinar y defecar le invadieron, pero esta vez, no se

trataba de una necesidad fisiológica, sólo era miedo. Miedo a caer abatido, miedo a morir, miedo a quedar inválido, miedo a…; miró de nuevo el reloj, esperaría un poco más.
El tirador se sintió mareado, notó que la cabeza se le iba nublando por momentos, una sudoración fría le invadió el rostro, se encontraba por un instante algo aturdido. Un fuerte dolor, como un calambre, le corrió como un rayo a lo largo del brazo izquierdo, paralizándole y dejándole sin respiración. El fusil cayó al suelo. El dolor punzante se extendió por el pecho. Una daga de sufrimiento le cortó la respiración; la vista se le turbó y se sintió desvanecer en su desesperada lucha por evitarlo.
El soldado se armó de valor y, a continuación, saltó ágil y veloz como un jaguar hacia los árboles. Ésta vez sólo fue capaz de mirar al frente, no quería tropezar y caer en su carrera. Alcanzó satisfactoriamente los árboles, desconocía el motivo por el cual, el tirador no le disparó durante el fugaz recorrido.
Ahora se encontraba en su terreno, pensó triunfante el soldado. ¡Su enemigo estaba perdido! Nadie le podía ganar a él en el bosque. Comenzó a moverse entre los troncos aplicando técnicas de comandos, sabiendo muy bien hacia dónde se dirigía y cómo hacerlo. ¡Vengaría a su compañero! Aquel bastardo no mataría a nadie más con su actitud cobarde, escondido bajo sus ropajes de camuflaje en medio de la espesura, traicioneramente, agazapado, esperando a que apareciese una víctima desprevenida para robarle la vida. El miliciano, sentía menosprecio por estos soldados que no combatían exponiéndose al peligro como los demás, siempre ocultos, siempre atacando por sorpresa, sin dar la cara en el combate.
En estos momentos, el soldado poseía la moral alta, envalentonándose al hallarse en las condiciones óptimas y ventajosas que le proporcionaba el bosque. De alguna forma, la fortuna, había equilibrado las fuerzas y las oportunidades de ambos contrincantes, pero a poco que él pudiera… ¡El cazador sería cazado! ¡El muy bastardo moriría en su propia trampa!
El soldado comenzó a escudriñar cada recoveco, cada sombra, cada tronco de aquella zona de bosque. Él estaba seguro que el tirador no pudo escapar, no tuvo tiempo para hacerlo, se encontraba todavía allí. Avanzando sigiloso, sin ruido, se aproximaba al último punto dónde localizó al tirador, lo hacía dando un rodeo, no sería tan ingenuo de ir directo a su encuentro.
De repente, lo vio echado en el suelo, a tan sólo unos metros de él. Apenas si se podía distinguir; estaba como encorvado, haciendo un bulto para pasar más desapercibido y confundirse con las sombras del bosque. El soldado apuntó despacio, directo a su pecho y disparó.
El arma sonó como un trueno en medio del silencio del bosque. El tirador no se inmutó. Quizás, se tratase de una treta, puede que aquello fuese un señuelo puesto adrede para confundirlo. Se agachó precipitadamente y vigiló los alrededores, atento a cualquier sonido sospechoso.
Nada. No ocurrió nada. Un poco más confiado, el soldado se acercó al bulto. Cuando estuvo a un par de metros de él, se cercioró que aquello era un hombre de verdad pero no podía asegurar si estaba vivo o muerto.
La mejor forma de saberlo era disparándole a las piernas. Así lo hizo y, el cuerpo, continuó inmóvil. No hubo ni un quejido, ni un gesto de dolor. ¡Nada! Se aproximó hasta él y verificó que efectivamente estaba muerto, aunque pudo comprobar que las heridas producidas por sus disparos no eran lo suficientemente graves como para haberle matado. Otra de las circunstancias curiosas era que, el cuerpo no sangraba y que, el cadáver, estaba todavía algo caliente. Aquella persona había fallecido antes que le

disparase. ¡El destino se burló de él! Pero…, no importaba, él estaba vivo, el enemigo muerto y su compañero, de una forma u otra, fue vengado.
Cuando en el pueblo tuvieron conocimiento de quién era el tirador, montaron en cólera y se dirigieron a su casa y, después, a casa de sus padres, no encontraron a nadie. La familia del francotirador había marchado cuando conocieron las intenciones de su hijo de no parar de matar. Apreciando después, que no se trataba de mera palabrería. La gente del pueblo, mitigó su frustración quemando ambas casas y profiriendo, al mismo tiempo, todos los insultos imaginables hacia aquella familia y su estirpe.
Con el tiempo, la noticia del fallecimiento del tirador, llegó a los oídos de su familia. Sólo su madre dentro de la sabiduría que le proporcionaron los años de dura vida y de sufrimiento, fue capaz de comprender con lucidez lo ocurrido. Lo argumentaba dentro de sus propias convicciones y creencias, diciéndose que, su hijo hizo una promesa maldita, imploró a Dios que le permitiese acabar con la vida de diez de los habitantes de aquel pueblo, cinco por cada una de las vidas que habían arrebatado a sus mujeres. El décimo puesto, aunque él no lo sospechase, estaba reservado exclusivamente para él mismo.
A su hijo, después de haber cumplido con su promesa, con el transcurrir de los años, cuando el odio se mitigase, su propio resentimiento y amargura no le permitían jamás seguir viviendo en paz con la carga y el remordimiento de tantas muertes inocentes a sus espaldas. Por ello, el Señor, en su infinita misericordia, decidió que él fuese esa última víctima y que su alma descansase junto a la de su esposa e hija. Ésta era la verdadera razón por la que su muerte debía cerrar la cuenta y, aunque como madre lo sintiese, en justicia, debía ser así.

La aspirante a escritora

Relato Premiado en el Certamen Literario "Cuéntame 2002"

"La Escritura te dio la Paz", así reza el epitafio del sepulcro de Luisa García Cejero. Los empleados del cementerio encajaron la losa, sellaron la tumba y dieron por finalizada su labor en el entierro. Un pequeño grupo de personas mantuvieron un tenso silencio frente al nicho. Un día demasiado bonito, demasiado soleado, demasiado primaveral como para ayudar a mantener la melancolía que se merecía el solemne acto.

Sólo las personas más allegadas a la difunta asistieron. Allí estaban su marido, sus suegros, un hermano, tres parejas de amigos y su profesora del taller de letras. Escaso público para despedir una vida que se truncó en plena juventud.

La presencia de tan poca gente en el funeral, no era debido a que ella fuese antisocial o de carácter irascible e introvertido. No, no, nada de eso. La culpable de su soledad y de su reducido círculo de amistades, fue la terrible depresión que le embargó, hace cosa de unos dos años, cuando quedó desempleada por culpa de la quiebra de la compañía donde desempeñaba sus funciones como secretaria.

Tras esto, intentó infructuosamente encontrar otro empleo, finalmente, perdió el interés por todo y permaneció largos periodos encerrada en casa. No salía ni siquiera a comprar, no hablaba con nadie, llevaba una vida de clausura. Tumbada en el sofá, día tras día, sin ilusión, envuelta en un clima de omnipresente apatía, viendo la televisión o en la cama durmiendo, despreocupándose de lo que acontecía a su alrededor, éste era todo su mundo en su encierro.

Se abandonó físicamente y acabó engordando de forma desmesurada. Su dejadez corporal y su aspecto descuidado, hacía que pareciese mucho mayor de lo que en realidad era.

Las relaciones en su matrimonio se deterioraron a causa de su actitud pasiva frente a la vida. Poco a poco, la convivencia se fue erosionando, quedando apenas nada de aquel amor que, algunos años atrás, les llevó ante el altar. En su lugar, sólo existía monotonía, desencanto y distanciamiento.

Durante los tres últimos meses, mejoró bastante su estado de ánimo. Su psicólogo la convenció para que tuviese una afición, algo que la ayudase a distraerse y la obligase a salir del profundo agujero emocional en el que se encontraba inmersa.

Ella siempre había leído mucho y, en alguna ocasión en la que se decidió a escribir, no lo hizo del todo mal, aunque todavía, tenía que depurar mucho su estilo. Su marido, siguiendo las recomendaciones dadas por el doctor y viendo que su esposa estaba animada con el asunto, sugirió que asistiese a una academia de escritura que un compañero del trabajo le recomendó. De este modo, se vería obligada a salir más de casa y se relacionaría con la gente.

La mujer comenzó a asistir a las clases con entusiasmo. Como consecuencia de ello su carácter pronto cambió a mejor. Bastó con el simple aliciente de aprender algo con agrado, rescatándola de los tentáculos de la depresión, trayendo consigo nuevas cosas en las que pensar fuera del terreno de la autocompasión, convirtiéndose de esta forma en una buena terapia para ella.

Los compañeros que conoció en las clases eran un poco bohemios y ella no terminaba de encajar con su ambiente o, tal vez, fuese su propio mecanismo de autodefensa psicológica que la mantenía recelosa y retraída en sus relaciones con los desconocidos.
La profesora era una mujer más joven que ella, tan sólo, unos dos o tres años. Poseía un buen tipo, era atractiva, dinámica, exigente y, a pesar de su edad e imagen desenfadada, introducía disciplina prusiana en sus clases.
Para avanzar adecuadamente y evitar que se perdiera el ritmo de las clases, cada día era necesario presentar realizados los ejercicios. ¡No valían las excusas! Si un día faltaba alguien, no importaba, su ejercicio quedaba pendiente y cuando volviese debía llevarlo hecho.
Los temas eran muy variopintos. A cada cual le tocaban temáticas diferentes, no era el mismo ejercicio para todos los alumnos. En cada clase, se presentaban los deberes del día anterior. Éstos eran leídos y revisados en público, se criticaban en grupo por los demás alumnos. Al ser leídos y narrarse los textos en voz alta quedaban escenificados y, con ello, se apreciaban mejor los errores en la redacción y en la composición de los escritos, pero el sarcasmo y la ironía de la profesora para magnificar los errores y hacerlos claramente perceptibles, no eran gratamente recibidos por los evaluados.
A Luisa, no le gustaba esta parte de la exposición, tenía miedo cada vez que salía frente al público aunque estos fuesen sus compañeros de clase.
Como alumna, era consciente que todas las correcciones y las recomendaciones que le hacía la profesora, eran para garantizar su correcta formación y, cuando se está aprendiendo, se deben de aceptar y reconocer los errores propios sacando provecho de ellos.
No obstante, ella poseía la impresión personal que, en ocasiones, la profesora la trataba con excesiva dureza y saña. Este tipo de especial deferencia hacia su persona, se evidenció a lo largo de esta semana, en la cual, tuvo que presentar dos veces el mismo ejercicio y fue rechazado en ambas ocasiones. Además, en situaciones como ésta, en las que un ejercicio era repetido por haber sido mal realizado, la clase se convertía en humillante para el alumno, aunque no dejaba de ser por ello, como siempre, muy ilustrativa.
El carácter gruñón de la profesora no facilitaba las cosas, pero su pasión por la literatura hacía que fuese una estupenda tutora y que fuesen perdonables sus reprimendas fuera de tono, por lo que esto no disipaba la ilusión y las ganas de Luisa por continuar aprendiendo a escribir.
Ella se había empeñado en sacar el curso adelante y, pasase lo que pasase, lo conseguiría. Se aferró a aquella idea con la misma determinación que lo hace el sobreviviente de un hundimiento cuando se agarra a una tabla a la deriva en mitad del océano. No iba mal encaminada en su apreciación, su vida iba resurgiendo lentamente del oscuro agujero en el que se enclaustró.
El ejercicio que le tocó desarrollar y, con el cual no conseguía convencer a su poco compasivo público, consistía en redactar la nota de suicidio de una mujer que había perdido las esperanzas de seguir viviendo. No importaba el motivo que albergase la mujer para ello, ni cómo lo fuese a llevar a cabo, sólo era necesario expresar los sentimientos que embargaban a esta persona momentos antes de quitarse la vida.
¡La empresa no era fácil! Era preciso ponerse en la piel de la suicida, interiorizar toda su melancolía y su tristeza para, más tarde, darle forma, plasmando estas emociones en la nota de despedida escrita por ella.

La redacción estaba resultando bastante difícil y complicada. Las dos ocasiones en las cuales presentó los textos en clase, no habían superado la exposición. El mensaje sonaba artificial, forzado, carecía de la suficiente credibilidad y sentimiento.
Verdaderamente, ella reconocía que sus palabras habían estado vacías, no hubo contenido encerrado en sus letras, pero no vislumbraba la forma de hacerlo más creíble.
Esta tarde no iría a clase, no valía la pena perder el tiempo y presentarse allí, no tenía todavía el ejercicio terminado, en su lugar, volvería a intentarlo. No quería redactar otro texto mediocre y que fuese rechazado de nuevo. No se levantaría de su escritorio hasta haberlo conseguido. ¡No cedería en su empeño!

En la papelera yacían arrugadas tres o cuatro páginas que contenían intentos fallidos. Estaba enojada consigo misma y no era éste el sentimiento que debía albergar, en su corazón sólo podía haber dolor, tristeza y más tristeza.
Por un momento dejó de escribir e indagó entre sus vivencias. Buceaba en sus recuerdos en busca de algo especialmente fuerte y triste a la vez, algo que le hubiese impactado y que, ahora, fuese capaz de transportarla a la situación emocional en la que se encontraría una persona dispuesta a quitarse la vida.
Indagando en su pasado, allá en su infancia, recordó aquellos días de lloros y padecimiento en su casa. Ella y su hermano eran pequeños, mentes demasiado infantiles e inocentes como para entender por qué su papá le pegaba a su mamá, por qué las malas maneras y los gritos, por qué la bebida y las borracheras, por qué el miedo y llanto.
Después, al crecer, comprendieron el sufrimiento de aquella madre que entraba llorando a su cuarto para guarecerles, a ella y su hermano, de la furia desencadenada por la embriaguez etílica de su padre. Por suerte, después de tantos años de bebida, la cirrosis se lo llevó al otro mundo antes que los hijos tuviesen edad para hacerle frente. ¡Muerto el perro, se acabó la rabia! No se desperdiciaron lágrimas en el entierro de aquel mal hombre. ¡No se las había ganado durante su vida!

Continuando con su ejercicio de concienciación, Luisa se metió en la piel de su madre, tratando de entender el malvivir de aquella mujer, que toda su vida fue esclava de su matrimonio, en aquella situación tan precaria: sin nadie que la ayudase, con unos hijos pequeños por los que luchar, prisionera en su propio hogar sufriendo un destino elegido, pero no deseado.
Comenzó a escribir un borrador. Las palabras fluían solas manando como chorros de dolor reprimido procedentes desde lo más profundo de su alma. Una inmensa tristeza la inundó, tenía el corazón encogido, los ojos se le llenaron de lágrimas. Su escritura se volvió temblorosa e irregular; no era capaz de distinguir claramente su propia letra. Entre sollozos, alguna que otra lágrima cayó sobre lo ya escrito en el papel, emborronándose parcialmente algunas palabras.
Al terminar, lo leyó despacio con la finalidad de darle forma y algunos retoques, pero no era necesario retocarlo, le había salido “redondo”, estaba bien como estaba. Había resultado fantástico, cualquier cambio hubiese estropeado el escrito corrompiendo el sentimiento que consiguió plasmar en aquellas breves líneas.
En ese instante, escuchó cerrarse la puerta de la vivienda. Su marido había llegado procedente del trabajo, no había sido un buen día para aquel hombre, se le podía ver claramente reflejado en su semblante. Se paró en mitad del pasillo y observó a su

esposa triste y llorosa. Él no quiso preguntar el motivo, tampoco le importaba, aquella situación se daba demasiado a menudo y por cualquier tontería.
¡Basta de preocupaciones y lloros por ñoñerías!
En momentos así, lo peor que podía hacer era preocuparse, ya que eso le daba pie a ella a descargar sus frustraciones sobre él y ya estaba cansado de ser su paño de lágrimas. Demasiadas veces se repitió esta escena en los últimos años. Según las recomendaciones del psicólogo, él debía esperar hasta que ella estuviese dispuesta a contarle lo que le ocurría, pero esto debía ser por voluntad propia de ella y no algo inducido.
Luisa se levantó del escritorio, vio a su marido y pasó por su lado, no le dio ni un beso de bienvenida, ni siquiera, lo saludó, simplemente lo miró con indiferencia, después, se dirigió al balcón a tomar un poco de aire para hacer que bajase la rojez de sus ojos tras el llanto de los últimos minutos. Todavía tenía el corazón encogido.
El marido la siguió fríamente con la mirada. Con curiosidad, tomó el papel del escritorio y quedó leyéndolo mientras ella salía. Al terminar, permaneció pensativo y, a continuación, él también se dirigió hacia el balcón.
Unos segundos después, se escuchó el grito desgarrado de Luisa precipitándose al vacío, le siguió el susto y los alaridos de una viandante en mitad de la calle, instantes de histeria nerviosa; sólo a un par de metros delante de ella, había caído el cuerpo. Ahora, inmóvil, yacía desarticulado en el suelo. Una mancha roja de sangre extendía la muerte sobre el gris pálido de la acera.
Arriba, en el balcón, el marido miraba a la calle, con las manos en la cabeza y el rostro desencajado por la escena, paralizado por el horror, con el pavor reflejándose en su mirada, observando atónito el cuerpo sin vida de Luisa.

Hoy, reunidos en aquella ceremonia íntima y familiar, le brindaban un adiós a aquella vida que fue tan atormentada en sus últimas épocas, albergando la esperanza de que en su próximo destino, su alma alcanzase la paz y el sosiego que no pudo hallar en este mundo.
El dramático desenlace era previsible para todo aquel que conocía a Luisa y sabía de su pasado reciente, sobre todo, teniendo en cuenta sus antecedentes depresivos.
El hermano de la fallecida observaba a su cuñado tratando de adivinar lo que pasaba por su mente. El viudo no parecía que estuviese visiblemente afectado por la pérdida de su esposa. En cierto modo era comprensible, él era consciente que la enfermedad dejó muy tocada a su hermana. La pobre, se había convertido en una pesada carga a soportar por cualquiera que compartiese sus días con ella, pero él pensaba que todo esto ya estaba superado, al menos, éstas eran las noticias que había recibido en los últimos meses.
Llegó el momento de las despedidas. Besos, abrazos, pésames, mutuos consuelos. Todo muy normal excepto cuando aquella chica, que permaneció sola durante la ceremonia, le ofreció las condolencias al viudo. Un brillo especial surgió al cruzar sus miradas, algo que indicaba algún tipo de complicidad entre ambos.
Sólo el hermano de la fallecida percibió el sutil detalle. No tenía ni idea de quién era, ni culpaba a su cuñado por haberse buscado una compañera sentimental. Sin embargo, en el fondo de su corazón, una duda latía incesante; en el vecindario, se rumoreaba que él había empujado a su esposa para que cayese por el balcón, otras personas afirmaban que el marido hizo lo imposible por evitarlo. La versión oficial fue que su hermana estaba muy mal emocional y psíquicamente por ello, en una de sus crisis, se suicidó.

¡Todo eran habladurías! Él no tenía ni tiempo, ni posibilidad de investigar lo ocurrido. La vida ya le proporcionaba suficientes problemas como para ir buscando algunos más y, al fin y al cabo, para ella todo sufrimiento había finalizado. Aunque él estaba seguro de saber lo que allí había ocurrido, no necesitaba que nadie se lo confirmase.

Yo decido cuando

Se hace muy difícil vivir como un vencido en la propia tierra que te ha visto crecer. Rodeado por los vencedores, por sus familias y sus hijos, a modo de invasión civil, respirando bajo su yugo, bajo sus leyes y su control.
Tiempos de manipulación y represión. No existe libertad de expresión, al menos la nuestra, porque lo que se tiene que decir, no se puede decir sin gritar, sin vomitar toda la rabia interior contenida y generada por el odio hacia los enemigos ocupantes de nuestra tierra.
Triste destino para un pueblo orgulloso de sus orígenes y su tradición. ¡Algún día seremos libres! Éste era el tema de conversación en nuestras casas, en las reuniones familiares. Envidiaba aquellos hogares en los que la tertulia se centraba en el fútbol, en el tiempo o en las pequeñas cosas que acontecen en el día a día. Debía ser un placer sublime volver a realizar una comida familiar, como cuando era un niño, sin tener que hablar de penurias o de desgracias.
Hace meses que dejé el pueblo para vivir con mi hermano en la ciudad. Abandoné aquel lugar después del fallecimiento de mi madre, ya anciana. Nunca sospeché que echaría tanto de menos el calor de aquel lugar. Últimamente, las cosas iban mal para todos pero, aún y así, disfruté tanto el año pasado, cuando nos juntábamos los seis hermanos en la casa, todos con sus familias, los niños alborotando alrededor de la abuela y ella, llena de satisfacción fabricaba galletas caseras para todos los diablillos. Mientras tanto, los niños corrían sin parar, incesantemente de acá para allá, insuflando alegría en nuestra monótona y tranquila vida. ¡Era fantástico!
Mi hermano, con el que actualmente vivo, y yo somos los únicos solteros. La verdad es que soy el más joven de todos y, todavía, no tengo ni edad, ni recursos para casarme. El caso de mi hermano es diferente. Él no tiene tiempo, siempre está trabajando intentando ganar un poco de dinero y ahorrar. Hoy por hoy, su único objetivo en la vida, es el de sacar mínimamente la cabeza de la pobreza y encontrar una buena chica para formar un hogar y tener hijos.
Por mi parte, yo intento buscar un empleo que me permita ganar algo de dinero, pero la cosa está muy mal. Tengo una edad complicada para encontrar faena. Los trabajos fáciles se los dan a los niños, porque con “miseria” ya les pagan. Ya soy demasiado grande para comenzar como aprendiz de nada. Los trabajos que son un poco más difíciles, se los dan a muchachos mayores que yo, porque cobran lo mismo y éstos son más responsables y maduros, ya que necesitan el salario y el trabajo para pensar en el futuro, al igual que hace mi hermano. A los jovenzuelos sólo nos queda, como única alternativa, el vagabundear durante todo el día y poco más.
Desde hace unos tres meses, ya no estoy tanto tiempo ocioso. Hice amistad con un grupo de chicos, que están, más o menos, en mi misma situación de desocupación. A menudo, me suelo reunir con ellos en un local social y hablamos de los problemas de nuestro pueblo, de la opresión e injusticia que estamos sufriendo. Está muy bien, te

sientes acompañado y rodeado de gente que piensa como tú. Además, allí nos dan, gratis, algo de comer y hablamos de las cosas que a los jóvenes nos interesa.
Existe una particularidad que me hace diferente y que no me deja sentirme cómodo en aquel ambiente, ésta es que nadie en mi familia ha luchado nunca por la causa.
No entiendo muy bien por qué no pelearon por lo que es nuestro. Me pregunto…, cómo fueron capaces de mantenerse al margen si estos problemas también les afectaban. Mis compañeros no lo comprenden y creo que yo, tampoco.
No obstante, ellos no me reprochaban nada y aunque no sirve de excusa, saben que en las zonas rurales de donde yo procedo, se vive de forma diferente el problema de la ocupación. No es tan evidente la invasión y la presencia del enemigo, allí sólo existen suelos áridos y pobreza, por ello quizás, no les interesan a los opresores. Por otro lado, la ciudad siempre resulta más atractiva, es el centro de poder, realmente puede que éste sea el motivo por el cual, la inmigración enemiga se concentró en las ciudades y no se aventuran a los pueblos y poblados. En estos últimos no hay riquezas ni influencias, sólo aislamiento. Son parajes de vida dura y esforzada.
Mis compañeros no me dicen nada, pero yo noto que hay un cierto recelo hacia mi persona. Por eso, para no ser menos, cuando hablamos sobre nuestros opresores, siempre intento enfatizar mis sentimientos en contra de ellos. En público, hago muestra de esta aversión manifiesta, maldiciendo y deseando al enemigo todos los males habidos y por haber; entonces, a mis amigos, se les ve muy complacidos.
Sin embargo, a pesar de este inconveniente mío, podría afirmar que ya me consideran uno de ellos. Cuentan conmigo en sus escaramuzas nocturnas. Mi pobre hermano, llega demasiado cansado a casa y cuando se pone a dormir, ni siquiera se da cuenta que salgo y entro cuando me da la gana. Es habitual que, al menos, una o dos noches por semana salgamos a destrozar algo.
Me gusta cuando salimos arropados por la noche, en pandilla, como buenos colegas, con un objetivo común, es como si se tratase de una manada de lobos en una batida de caza colectiva. Un fuerte sentido de compañerismo y lazos de amistad nacen entre nosotros. No hacemos daño físico a nadie, sólo rompemos y destrozamos aquello que sabemos que se ha financiado con nuestro sacrificio y en beneficio de los opresores. Hemos aprendido a fabricar dispositivos de guerrilla callejera, artefactos realizados con productos elementales y cotidianos: un poco de gasolina, un trapo, una botella y obtenemos un cóctel molotov; un tubo de PVC, unos cohetes de fuegos artificiales y conseguimos un arma de fuego. Hay quien nos tacha de vándalos y alborotadores, nosotros preferimos llamarnos luchadores de la libertad.
Últimamente, han aparecido los muchachos mayores por el centro de reunión. Estos son considerados unos héroes, son los "guerreros de la patria". Muchos de ellos, estuvieron aquí antes que nosotros, les gusta decir que nuestro local es "la guardería" y eso nos llena de orgullo.
A ellos se les conoce por el sobrenombre de los “ejecutores”, porque son los que se enfrentan, cara a cara, llevando a cabo las acciones duras de hostigamiento al enemigo. Ellos ponen en peligro su vida y hacen que nadie olvide nuestra causa ni nuestras reivindicaciones; son los soldados de la patria y forman el ejército que no podemos tener. A todos mis amigos les gustaría llegar, algún día, a ser como ellos para sentirse respetados y envidiados por todos, por supuesto, a mí también me encantaría.
Yo he entablado muy buenas relaciones con el grupo de los ejecutores, tal vez, sea porque soy un poco mayor que mis otros compañeros o, quizás, porque no tengo familia. Ellos me respaldan, me apoyan y, esto se nota, aunque a mí me gustaría que

fuese más debido a méritos propios, que no porque alguien pensase que soy un pobre huérfano.
Desde que los ejecutores llegaron a la guardería y medio me aceptaron entre ellos, mis colegas me miran con brillos de admiración en sus ojos, bromean diciendo que pronto me integraré en el grupo de los mayores. Este hecho constituiría un gran orgullo y un honor para cualquiera de nosotros.

Transcurridos unos meses
Hace unas semanas que me he incorporado al grupo de los ejecutores. La guardería forma parte del pasado. Ahora estoy en "el refugio", conviviendo con la gente adulta y me tratan como tal.
Estoy sensiblemente emocionado, hoy haré el juramento de lealtad a mi pueblo y juraré muerte al enemigo aún a sacrificio de mi propia vida.
Dicho así, de esta forma, suena muy seco, pero la fórmula del juramento está muy bien redactada, suena orgullosa y, dicha con convencimiento, suena rotunda.
Este acto es grabado en cinta de vídeo y celebrado por los compañeros. Te regalan una copia de la cinta para los familiares, es un paso más hacia la madurez. Para nosotros, representa simbólicamente la jura de bandera de nuestro propio ejército.

Tras este trascendental paso en mi vida, me he integrado en las células de combate. He realizado algunas tareas de apoyo logístico e informativo para nuestras acciones contra puestos de vigilancia militares, retenes de la policía y otros objetivos de interés.
En verdad, a todos los efectos, ya soy un guerrero de la libertad. Me he ganado un buen nombre entre los miembros de los diferentes comandos. Todos me tratan con respeto y consideración; al fin y al cabo, ellos son mi familia. Hace semanas que me peleé con mi hermano, a él no le parecían buenos, ni aconsejables, mis compañeros. No obstante, es mi vida y, sobre ella, sólo yo tengo derecho a decidir.
Hoy me incorporo al comando Púrpura, es el más respetado, secreto y sanguinario de todos. Mi inclusión en este grupo, constituye una gran distinción y proyección personal.
Por la información que me han anticipado, voy a tener el privilegio de colocar un artefacto explosivo en la Plaza de la Estrella. No es una bomba de verdad, es de mentira; sólo pretendemos que, cuando se active, se genere una columna de humo, de color rojo sangre, que pueda ser vista en toda la ciudad. Es un acto simbólico para conmemorar el tercer aniversario del asesinato de tres de nuestros combatientes en dicho lugar. De hecho, se trata de un gesto de propaganda, a modo de recordatorio, para que no se pierda en el olvido la memoria histórica de nuestra lucha.

Mis nuevos compañeros vinieron a recogerme al refugio. Estoy listo para partir, he realizado mis oraciones y, como cada día, me he encomendado a Dios quedando preparado para enfrentarme a lo que sea, nunca se sabe que clase de tropiezos nos podemos encontrar y, posiblemente, la plaza y sus inmediaciones estén vigiladas en tan significativa fecha.
Al entrar en la furgoneta veo caras desconocidas, sólo a uno de ellos lo había visto en alguna ocasión, a los otros dos, nunca. Parece obvio que no los conociese, por algo es un comando secreto.
Me siento abrumado e insignificante frente a ellos; imponen respeto y admiración con tan sólo conocer quiénes son y la trayectoria que se han labrado defendiendo nuestra lucha común.

Tienen aspecto de personas curtidas en estos avatares; parecen mayores y solemnes. Entre ellos, estoy un poco perdido; me siento fuera de lugar, como la niña que está bailando en la función del colegio y pierde el compás, habiendo olvidado los pasos, intentando seguir copiando, en todo momento, los movimientos de sus compañeras sobre el escenario.
Nos dirigimos al centro de la ciudad sin mediar palabra entre nosotros. El vehículo se interna despacio en el casco urbano. A ellos se les ve tranquilos. Circulamos por calles y vías secundarías para no ser detectados por la policía que, últimamente, vigila incesantemente.
Hemos llegado al corazón mismo de la ciudad sin percances. Mis acompañantes me piden que me desnude de cintura para arriba, me extraña la petición, pero obedezco sin rechistar. Mientras tanto, abren una caja de cartón y extraen unas trinchas militares y su correaje, llevan enganchadas unas cargas explosivas conectadas entre sí por finos cables eléctricos.
¡Aquello tenía muy mala pinta! ¡No era lo que a mí me habían explicado!
Intentan ponérmelas, pero yo me resisto, no quiero que me coloquen las cargas. Estaba preparado para hacer todo lo necesario por la causa, pero no a morir innecesariamente. Yo no era un combatiente suicida o, al menos, nunca había pretendido serlo.
Me miran incrédulos, estupefactos, como no creyendo lo que les estaba diciendo. Por sus caras, parecen molestos y muy contrariados. Ellos intentan convencerme, recordándome todo lo que han hecho por mí, mi juramento, lo crueles e inhumanos que son nuestros enemigos, la represión que vive nuestro pueblo. Continúan hablándome de una forma atropellada, explicándome el gran honor que representa para mí haber sido elegido para esta misión. ¡Sería un mártir de la causa!
Y yo me pregunto… ¿Por qué no se ponen las cargas uno de ellos y sale ahí fuera a hacer estallar su cuerpo? No estoy loco, sigo sin estar dispuesto a ello. El ambiente dentro de la furgoneta comienza a crisparse. Puedo apreciar la rabia y el desprecio en sus ojos. El tono de voz y la agresividad van incrementándose poco a poco. No distingo una salida clara a la tensa situación.
Sintiendo la intransigencia de aquellos tipos, el miedo se apodera de mí. Les suplico, tembloroso. Les imploro que me dejen marchar. No parece que surta ningún efecto.
Ellos sólo me dicen que es tarde para echarse atrás, hoy es el aniversario y no pueden buscar un sustituto en tan poco tiempo.
¡Cómo si eso, a mí, me importase!
Continúan insistiendo. Quieren convencerme de la obligación de hacerlo para cumplir mi juramento como ejecutor.
¡A quién le importa ya el maldito juramento!
Incomprendido, con los ojos llenos de lágrimas, les pido clemencia y que me dejen marchar en paz. Endurecidos por sus propias convicciones, no ceden en su empeño y, el cabecilla del grupo, con los ojos inyectados en sangre por la rabia generada por mi actitud cobarde, me propina un par de bofetadas y me amenaza con una pistola apoyada en la sien.
Pocas alternativas tengo, todas conducen al mismo final, podía morir en la furgoneta por un disparo o bien, en la calle por una explosión, pero siempre la meta final es la muerte.
Bajo la presión de las coacciones, accedo a dejarme poner las cargas, confiando en que, a la mínima oportunidad que se presentase, me escaparía y desaparecería para siempre.
¡Yo no estoy dispuesto a morir!

Toda mi vida había sido un cobarde y quería continuar viviendo para seguir siendo un cobarde. De nada sirven los honores, los reconocimientos y la gratitud, si no estás vivo para disfrutarlos.

Una de las cargas, lleva una especie de contacto eléctrico y, ésta, me la han puesto justo encima del pecho. Una vez colocadas y ajustadas las trinchas, me explican que, para activar los explosivos, sólo tengo que accionar un dispositivo muy rudimentario de control remoto. Delante de mí le colocan dos pilas que lo ponen en funcionamiento. Me lo entregan para que lo lleve en la mano, únicamente debo apretar el botón para ejecutar la explosión de las cargas. Me advierten que tenga cuidado para que no se me caiga el aparato al suelo y explosione todo antes de tiempo.
Me animan, diciéndome que no sentiré dolor, que todas las cargas explosionarán a la vez, todo transcurrirá en un instante, no me dará tiempo de saber lo que está ocurriendo.
Me advierten que si intento quitármelas, el interruptor de la carga del pecho se activará explosionando todo igualmente, así pues, cualquier intento en este sentido no servirá de nada. ¡Aquello era una trampa mortal! Lo pintasen como lo pintasen.
¡Qué ignorante había sido! Permití que me colocasen las cargas y, ahora, no tengo escapatoria posible.
La suerte estaba echada desde el preciso momento en el que entré en la furgoneta. De una forma u otra, estaba condenado a muerte.
Me colocan una cazadora y la abrochan hasta arriba. La mortífera carga queda completamente disimulada y oculta bajo la prenda.
Han retirado la pistola de mi cabeza, ya no me apuntan, intentan que me tranquilice, supongo que tienen miedo que haga cualquier locura y que aquello estalle dentro de la furgoneta. No obstante, ellos no están muy seguros de mí; el arma continua en la mano del individuo. He conseguido apaciguar un poco mis nervios y dejar de llorar, pero no he podido sacar el miedo de mi cuerpo.
El vehículo ha llegado a la plaza. Uno de ellos baja y realiza una vuelta de reconocimiento por los alrededores en busca de policías o de vigilancia.
Durante la espera, no dejo de observar inquietamente a aquellos hombres. Intento descubrir un ápice de compasión y de humanidad en sus rostros, pero sólo reflejan dureza y determinación.
Unos ligeros golpes en la chapa de la portezuela me sobresaltan, es la contraseña que indica que no hay peligro, la puerta se abre, la luz me ciega por un instante. Desciendo torpemente, con inseguridad, con miedo frente a lo que me espera.
Comienzan a andar junto a mí, escoltándome, queriéndome acompañar unos metros para romper mi resistencia inicial al avance, al igual que el instructor da el empujón que precipita al saltador novato al vacío desde la puerta del avión en su primer lanzamiento con paracaídas.
La improvisada y forzada escolta se retira y continuo solo caminando hacia la plaza. Unos pasos más allá, me detengo y miro atrás, montados en el vehículo, controlan mis movimientos con mirada amenazante. Sin poder retroceder, sigo caminando hacia mi nefasto y trágico destino. Mi andar es lento y pesado.
Hasta este momento, no me había fijado en el buen día que hacía. El sol brilla difundiendo su confortable calor, pero sin llegar a agobiar. El cielo está despejado y, el ambiente en general, invita a sentarte en el césped, a leer un buen libro en la compañía lejana de la multitud con su murmullo lleno de vida, permitiendo que la mente escape de su ósea prisión, volando hacia otros lugares y parajes.

Estoy sudando, sin embargo, tengo frío. Las palmas de mis manos están heladas y mi corazón late a un ritmo muy acelerado, como si acabase de correr unos metros. Paso al lado de un escaparate y, yo mismo, me asusto de mi propia figura. Tengo el rostro desencajado, poseo un tono blanco marmóreo que resalta con mi pelo negro pizarra y ensortijado. La frente posee un brillo perlado a causa del sudor frío que me invade. A causa de mi tétrico aspecto enfermizo y la cazadora abrochada hasta arriba, cualquiera, podría confundirme con un drogadicto en pleno síndrome de abstinencia.
Por un segundo me siento observado. ¡Ojalá alguien me detuviese! Creo que se puede leer en mi rostro la misión que me ha tocado desempeñar. Quiero que alguien se dé cuenta y que me paren, no quiero que me dejen hacerlo.
¡No quiero morir!
Con decepción aprecio que nadie se ha percatado de ello. Yo no puedo hacer nada, soy un cobarde.
Prosigo mi camino con la resignación del condenado a muerte en su último paseíllo. Miro de nuevo a mis guardianes y ellos continúan vigilantes, observándome. El vehículo se ha situado en el extremo de la calle, están prestos para la fuga. Estoy cerca del centro de la plaza, en cualquier momento, los miembros del comando desaparecerán del lugar para evitar ser alcanzados por la onda expansiva.
El dispositivo de activación en mi mano, me recuerda el objeto de mi macabra misión. Me paro en seco, mirando alrededor, observo caras desconocidas que se cruzan conmigo, personas absortas en sus problemas cotidianos, vidas anónimas que van a quedar inevitablemente interrumpidas.
Unas palomas pasan revoloteando frente a mis ojos. Las sigo con la mirada. Se posan en el suelo, a tan sólo unos metros de mí, creando junto a otras, un pequeño tumulto de plumas, una “melé” arremolinadas a los pies de dos niñas que ríen inquietas por la emoción y disfrutan contemplando como las aves acuden a comer el grano que su padre esparció en el suelo. Risas nerviosas de satisfacción y asombro propios de la niñez y de su inocencia.
Al lado, una pareja de adolescentes habla de algún tema, embobados y encandilados mutuamente derrochando felicidad en sus miradas. En otro banco cercano, se encuentran sentados unos ancianos con sus manos temblorosas apoyadas en los callaos, cuentan batallitas y hablan de temas, los cuales, hace mucho tiempo que dejaron de importar al mundo.
Ninguna de estas personas percibe mi presencia allí, ni sospechan lo que va a suceder, ni siquiera creo que, para ninguno de ellos, signifique algo nuestra lucha y nuestra causa. En este preciso instante, sus vidas están en mis manos, tan sólo una decisión, un movimiento del interruptor y morirían. Gritos, sangre, horror, dolor y muerte sería la imagen que recibirían sus familias. Vidas marcadas por la desgracia; infelicidad por doquier. Todo eso es lo que iba a generar la explosión. Ése es el único mensaje que transmitiría aquel acto suicida, lo demás sería demagogia.
Acaso… ¿Tengo yo la potestad de jugar a ser Dios? ¿Qué derecho poseo para truncar la vida de aquellas niñas, jóvenes y ancianos? ¿Quién soy para decidir sobre sus destinos? ¿Quiénes eran mis colegas para decidir sobre el mío? Todas estas preguntas pasan fugaces por mi cabeza, torturándome y llenándome de dudas sin proporcionarme ninguna respuesta ni sosiego.
Miro de nuevo hacia la furgoneta, en ese preciso momento, arranca perdiéndose en el callejón lateral ante la inminencia de la explosión.
Tengo una gran responsabilidad en mis manos y me siento solo e impotente ante el destino. ¡Por una vez en mi vida iba a ser valiente! Agarro con fuerza el mando en mi

mano y con la determinación que proporciona el miedo, comienzo a correr con todas mis fuerzas, tratando de poner de por medio, la mayor cantidad posible de distancia entre la furgoneta y las cargas, no puedo estar seguro que ellos no tengan otro mando, ni siquiera conozco el alcance de su emisión.
La gente se aparta a lo largo de mi frenética carrera, posiblemente, piensen que soy un ladronzuelo que huye. Después de haberme mantenido corriendo durante todo el tiempo que pude, hasta que mi aliento ya no fue capaz de oxigenarme, comienzo a caminar a paso ligero, temeroso de estar todavía demasiado cerca de la furgoneta. Más tarde, seguro de encontrarme fuera de su alcance, deambulo despacio, pensativo.
Siento el bombeo de la sangre dentro de mi cabeza, golpe a golpe, latido a latido. Estoy acalorado y cansado tras el esfuerzo. Ahora, más sosegado, debo pensar en el futuro que me espera… ¡Es necesario encontrar una salida! Quizás… ¿Quitarme las cargas?… ¡Explosionarán! ...¿Buscar a alguien que me las pudiese quitar?… Sólo la policía disponía de los medios para anular y neutralizar las cargas evitando que estallasen. Eso significaría que me meterían preso y me harían muchas preguntas, hasta puede que me torturasen, tendría que delatar a todos mis compañeros, el refugio, la guardería. Igualmente, aquello no me libraría de ir a parar a la cárcel por pertenencia a banda armada y terrorismo. Allí, con total seguridad, moriría en manos de mis colegas o de fanáticos afines a la causa. ¿Qué otra cosa puedo hacer?
Sigo pensando y pensando, buscando una solución, centrándome en lo que podría hacer, analizando nuevas posibilidades. Poco a poco, me voy convenciendo de mi propia agonía, no dispongo de salidas posibles. Todos los caminos conducen inequívocamente hacia un final trágico. Durante largo rato, mis esfuerzos son en vano, hasta que una idea se cruza como un rayo en mi mente, abriéndola hacia una nueva posibilidad. No tiene base, ni justificación, ni razonamiento, pero parece la única salida honrosa para todos.
Con determinación me dirijo hacia mi destino, los objetivos están claros: no sacrificaría a ningún inocente, no viviría como un cobarde con el temor a morir, no deshonraría a mi familia, no traicionaría a mis ideales y sería recordado por mis compañeros como un verdadero defensor de la causa. ¡Lo veo bien claro y nítido en mi mente!
Tras una larga marcha, llego por fin al lugar. Llamo a la puerta y me abren con cautela. Me dirijo tranquilamente hacia el interior, como tantas otras veces había hecho y, entonces, en un instante de valentía y convencimiento, me digo a mí mismo con rabia: “¡Yo decido cuando!”.
Sin dar lugar a que una nimia duda se interponga en mi decisión, acciono el dispositivo activador de las cargas.
Una terrible explosión sacude el refugio, suena de repente, con el estrépito de un gran trueno en una tormenta, reventando ventanas, haciendo volar los vidrios hechos añicos, destrozándolo todo a su paso y estremeciéndose hasta los cimientos del edificio.
Muchos ejecutores, todos ellos luchadores por la Libertad, perecen en éste, según las crónicas, desafortunado accidente producido al activarse accidentalmente las cargas, pasando el acontecimiento a formar parte de los anales de nuestra gloriosa historia y engrosándose la lista de los mártires por la causa.
Desde entonces, en la guardería se cuenta la historia de aquel muchacho, que al poco de dejarlos, se había convertido en todo un héroe entregando su vida en plena juventud. Ahora, en el nuevo refugio, más nuevo y amplio, su foto cuelga en el pasillo del honor junto a la de sus compañeros mártires, quienes murieron luchando por sus ideales y la libertad de su patria.

El gran lobo

El cielo encapotado proporciona un toque triste al día. El ambiente se prepara para recibir una gran nevada.
Desde un inicio, este viaje de aprovisionamiento estaba gafado. Durante la ida, mi compañero cayó enfermo con fiebre. Convaleciente, lo he dejado en el pueblo recuperándose a base de reposo y de buen comer hasta que sea capaz de emprender, por sí mismo, el viaje de regreso. Él no se encontraba bien cuando partimos de la estación y hubiese sido conveniente que no se aventurase a realizar el trayecto de ida.
¡Nunca me gustaron los imprevistos!
Por culpa de su testarudez, he tenido que adelantar dinero para sufragar las atenciones que recibirán tanto él, como los perros de su tiro. Las cuentas no terminan de salir. ¡Demasiados pagos!
El gasto extra que ocasiona la manutención y los cuidados médicos, supone adquirir menos víveres de los esperados, no habrá suficiente para los próximos tres meses, será necesario establecer un plan austero de racionamiento.
La inesperada indisposición de mi compañero, me obliga a realizar el largo y, ahora, solitario trayecto hasta llegar a la estación meteorológica, la más septentrional del país, a unos ciento cuarenta kilómetros de ningún sitio. No es aconsejable llevar a cabo esta clase de recorrido sin compañía, son zonas muy aisladas y alejadas de cualquier presencia humana.
Cargo una parte de las provisiones en mi trineo, el resto, las dejo encargadas y pagadas para que las transporte mi compañero cuando finalice su periodo de convalecencia. No hace falta que intente transportarlas yo sólo, tampoco podría hacerlo.
Después de ver cargado el trineo, creo que me he equivocado en mi estimación. No es suficiente el volumen que he tomado, el tiro de seis perros va a ir muy sobrado de fuerzas durante el camino. Mi compañero se encontrará en la misma situación; las provisiones son muy exiguas.

Llevo un par de horas de viaje y está transcurriendo tranquilo, sin novedades. Los perros marchan frescos y descansados. Avanzo sobre el inmaculado manto de nieve, emborronando su lisa superficie con las huellas producidas por los animales y las líneas paralelas grabadas por los esquís.
Aprovecho para disfrutar del paisaje que, en su blancura omnipresente, se ve interrumpido por alguna que otra agrupación dispersa de coníferas, las cuales, no llegan a la categoría de bosque, pero con el color oscuro de sus troncos, rompen gratamente la blanca monotonía del entorno.
Con el rostro completamente cubierto para evitar que el aire helado corte la piel, grito con energía al tiro de perros para animarles en su tarea y llegar lo antes posible a mi destino, de hecho, perdí demasiado tiempo en el viaje de ida y en mi estancia en el poblado.

Prosigo toda la jornada avanzando a buen ritmo, la poca carga ayuda a que el trineo se deslice por el terreno como si flotase sobre una balsa de aceite, veloz como el velero en un día de mar en calma impulsado por viento en popa.
Debo tener mucha precaución en los virajes por culpa de las condiciones y el estado del terreno. Los caminos y senderos están cubiertos de nieve blanda y es muy engañosa. A esta velocidad, si pillo durante un giro una pequeña hondonada o desnivel, podría sufrir un accidente volcándose el trineo y desparramándose toda la carga.
Comienza a nevar copiosamente, una densa cortina de copos blancos caen a mi alrededor interponiéndose en mi camino.
¡Esto va a dificultar la marcha!
Sería aconsejable llegar hasta la falda de la montaña para improvisar un buen lugar de abrigo donde guarecerme. Unas nubes espesas cubren, más aún, el cielo, presagiando una fuerte tormenta. La nevada arrecia, tiene pinta que va a ser intensa y, para hacerle compañía, una ligera ventisca adquiere, poco a poco, más ímpetu.
Las cosas van de mal a peor. He de darme prisa y hallar un buen cobijo donde descansar hasta que amaine el tiempo. La visibilidad ha quedado muy reducida y, para completar mi mala estrella, todavía me encuentro en un tramo difícil del trayecto.
Extremo las precauciones, mi visión es prácticamente nula. Centro mi atención exclusivamente en la zona nevada que va apareciendo frente a mis ojos, quiero evitar despistarme y chocar contra algún árbol. No puedo proseguir durante mucho más tiempo sin prácticamente visibilidad, he de tomar una decisión…
Me introduciré entre los árboles y acamparé improvisadamente en medio de ellos. Será más fácil para montar algo y pasar la noche protegido bajo los árboles al amparo del calor que desprenden los cuerpos de los perros.
El aire está ionizado por la tormenta, esto afecta al estado de ánimo de los animales, los irrita especialmente, haciéndoles correr inquietos y nerviosos; a ellos tampoco les hace gracia estar a la intemperie con condiciones atmosféricas tan adversas. Corren deprisa y un poco alocados en un intento inconsciente por huir de allí.
Grito a los perros para que aflojen la marcha y se detengan, pero la ventisca se lleva mis palabras y no llegan a sus oídos.
¡Tiran demasiado fuerte! La carga se ha soltado un poco y, como consecuencia de ello, el trineo se está yendo de lado, casi no puedo enderezarlo. ¡Voy a volcar!
Lucho desesperadamente por mantener la estabilidad y no salirme. Arqueo mi cuerpo inclinándolo hacia el lado contrario para equilibrar la inercia del giro. Hago fuerza con las muñecas intentando compensar la deriva. Lo estoy consiguiendo, casi lo he corregido …
¡Tlock! Un golpe seco sonó. No sé ni cómo, ni por qué, pero soy despedido y catapultado fuera de los apoyos. Tras el fuerte impacto, quedo tirado sobre la nieve. Permanezco inerte e inconsciente.
El trineo impulsado por el tiro de los perros, libre del peso del conductor, continúa avanzando sin detenerse. Los animales no necesitan la voz de su amo azuzándoles para proseguir su camino, simplemente, continúan su marcha.

Vuelvo en mí, tengo la cara completamente acartonada por culpa del frío. Abro lentamente los ojos. Me pregunto con extrañeza, qué hago aquí en el suelo.
¡No recuerdo qué ha pasado! Iba guiando mi trineo, marchaba demasiado deprisa, los perros corrían nerviosos, se me estaba yendo de lado y…, de repente, me encuentro tirado en el suelo, sin los perros ni el trineo.

Una sensación de aturdimiento y confusión me envuelve. ¡Uhhh! Me duele mucho la cabeza. El resto del cuerpo está completamente entumecido. No sé cuánto rato he permanecido en el suelo, pero ha permitido que el frío me calase hasta los huesos. ¡He de moverme pronto para entrar en calor!

Estoy cubierto por una fina capa de helada nieve. Ésta no ha dejado de caer durante todo este tiempo.

Mi cuerpo está dolorido, no sé si me habré fracturado algo. Temeroso de lo peor, doy órdenes de movimiento a mis miembros: primero, un brazo, después, el otro, a continuación, una pierna y, finalmente, la otra, no parece que me haya roto nada en la caída. ¡Oooh!… ¡La cabeza!…, me mareo un poco, se me va cuando intento incorporarme.

Me duele el lado derecho de la frente, la toco y descubro una brecha abierta encima de la ceja. Miro al suelo y distingo, claramente, una mancha rosada: es mi propia sangre mezclada con la nieve. El golpe debe haber sido mayúsculo, absorto como estaba por no volcar, ni siquiera vi venir la rama. Fue una imprudencia no percatarme que me estaba aproximando demasiado a los árboles.

Finalmente consigo incorporarme con evidente torpeza. En un intento por orientarme, miro a mi alrededor, todo es muy confuso. No distingo nada, sigue nevando.

Como consecuencia del golpe en el lado derecho, por ese ojo veo algo borroso, hecho que no contribuye a darme ánimos. En cualquier caso y, aplicando el sentido común, yo venía procedente de campo abierto, sólo tengo que seguir las huellas del trineo en la dirección opuesta, adentrándome en la espesura de los árboles. He de apresurarme antes que la intensa nevada consiga disimular, completamente, las marcas de los esquís y no pueda seguir su pista.

Confío en que los perros se hayan detenido pronto, no estoy en condiciones de caminar por mucho tiempo. No tengo ni idea de la forma en que habrían reaccionado los animales; en alguna ocasión me había dormido atado sobre los soportes del trineo y ellos continuaron corriendo solos durante kilómetros, sin necesidad que yo les condujese. Bien es verdad que siempre que había ocurrido esto, iba siguiendo a otro trineo y su propio instinto les había hecho continuar corriendo. ¿Qué habrá ocurrido hoy? ¿Se habrán parado?…, no lo sé. La respuesta a esta pregunta es una gran incógnita, pero aún y así, su resultado es crucial para mi supervivencia.

No dejaré que el pesimismo me invada, sé que es mi peor enemigo junto con el decaimiento físico y la pérdida de la esperanza; ninguno te ayuda y, en el peor de los casos, cualquiera de ellos puede acabar contigo.

Inicio mi marcha algo vacilante y tambaleándome todavía. Camino paso tras paso, un pie delante del otro, lentamente, mirando siempre alrededor para descubrir mi trineo, aunque sin poder ver realmente hacia dónde me dirijo.

Mi única meta es no perder de vista los surcos todavía tenuemente dibujados en el terreno. Estas líneas serán las que me conducirán hasta mis perros y estos hacia mi destino. Debo concentrarme en ello y no permitir que el frío me derrote.

A pesar de estar sin descanso y en continuo movimiento, sigo estando helado y entumecido, no consigo hacer reaccionar mi cuerpo, no entro en calor. Siento escalofríos que me recorren la espalda. Mis pies están helados y mis manos también, aunque por suerte, todavía conservo las manoplas. Debo marchar más deprisa para generar calor, pero me faltan las fuerzas necesarias para incrementar el ritmo. Camino sin voluntad, de una forma automática, ingenuamente persiguiendo la, cada vez más lejana, esperanza de que los perros se hubiesen detenido y me estuviesen esperando. ¡Absurda idea!

En la vida, sólo existe una cosa más decepcionante que no intentar algo, ésta es, intentarlo y no conseguirlo.
Llevo rato caminando, tal vez, horas, pero no tengo la certeza de que sea así. Se ha hecho casi de noche y, hasta este momento, realmente no lo había notado. Camino en la penumbra, desvalido por la ceguera que proporciona la escasez de luz.
Ha dejado de nevar aunque la ventisca continúa, ahora aparecerá el frío que genera la helada. Es demasiado tarde para intentar buscar un lugar donde guarecerme, lo tenía que haber hecho antes. Soy un estúpido, he estado vagando hasta agotar la luz y casi todas mis fuerzas.
El hombre es un ser dotado de raciocinio, pero en las situaciones adversas, cuando cae presa de su propia desesperación, es capaz de aferrarse a las ideas más absurdas como únicas tablas de salvación, autoconvenciéndose de imposibles que carecen de toda lógica contradiciendo los propios dictados de la razón. Ése creo que ha sido mi caso, caminando y caminando sin obtener resultado, pero no tengo nada más al alcance de mi mano.

Llego cerca de unas rocas, aquí estaré al resguardo del viento helado. La temperatura debe estar descendiendo por debajo de cero grados. Prepararé un nicho en la nieve para pasar la noche. El hielo se mantiene cerca de cero grados, por eso los esquimales se encuentran confortables dentro de sus iglúes. La temperatura ambiente en el exterior puede llegar a alcanzar bastantes grados bajo cero, éste es el verdadero enemigo.
Solo, en mitad de aquella oscuridad únicamente interrumpida por la blancura dominante, comienzo a cavar el agujero con las manos protegidas por las manoplas. Me doy prisa antes que sea más tarde. Son mis últimas fuerzas y no las debo desperdiciar.
Llevo un rato excavando y parece que hace una eternidad que comencé. Creo que hay suficiente profundidad y con la nieve que he sacado, he construido un ribete a modo de pequeño muro alrededor del agujero, así no tengo que ahondar tanto.
Las piernas se me han quedado entumecidas por estar tanto tiempo de rodillas. Hay partes de mi cuerpo que hace rato que no las siento. He intentado en vano mover los dedos de los pies y, éstos, no han obedecido y, si lo han hecho, no los he sentido. Esto no va a solucionarse en el hoyo, será peor una vez me meta allí. Sin embargo, y a pesar de ello, estoy convencido de estar vivo porque la herida de la frente me duele, me duele muchísimo, enviando punzantes rayos de dolor hacia mi cerebro en cada bombeo sanguíneo de mi corazón.
Me introduzco ansioso en el agujero con la seguridad que aquello me ayudará a conseguir pasar la noche al abrigo.

Hace rato que estoy embutido en este maldito hoyo. Agotado, me apretujo más aún en un fugaz intento por conservar el poco calor que queda en mi cuerpo.
El tiempo transcurre lentamente, al menos, ésa es la impresión que me invade, la del moribundo que observa el avance de su agonía.
Entro en tiritera; los temblores vienen acompañados de bruscos escalofríos que, a modo de espasmos involuntarios, me recorren todo el cuerpo.
Han cesado los tembleques, bien podría pensar que es un buen síntoma, pero conozco la evolución de la hipotermia, sé que es todo lo contrario. Tiritar es un mecanismo reflejo del cuerpo que se dispara, automáticamente, en un intento por generar calor haciendo trabajar involuntariamente a los músculos; esto ocurre cuando la temperatura corporal interna desciende por debajo de los treinta y cinco grados centígrados. Soy

consciente que éste es sólo el primer indicio que avisa que la pérdida de calor en el cuerpo es excesiva. Cuando el temblor cesa sin haber entrado en calor, significa que el organismo no es capaz de recuperarse por sí mismo, en ese momento, la temperatura interna está por debajo de los treinta y dos grados. Los siguientes pasos en la degradación física son: la pérdida de la lucidez, el desvarío y el fallecimiento del individuo. Así pues, reconforta dejar de temblar, pero mortifica tener la certeza que me precipito a una muerte segura.
Estoy preocupado. Hace tiempo que me duelen las orejas. No me las puedo frotar para calentarlas porque el dolor es mayor aún. Creo que ya no razono con agilidad, hasta el cerebro se me está helando. Me vienen a la mente ideas e imágenes inconexas, sin lógica alguna, como cuando se está en *entrevelas* en una noche de mal dormir. El agotamiento quiere dar paso al sueño, no es prudente en mi estado de fuerzas dejarme llevar por el cansancio. Los párpados se me caen. Intento permanecer despierto y con la mente lúcida.
Levanto la mirada hacia el cielo, sólo acierto a distinguir algunas estrellas en el firmamento. Las contemplo allí, estáticas, titilando, observándome por encima de mi realidad. Quisiera estar lejos de aquel agujero, en una de ellas para contemplarme desde arriba. Me pregunto…, cómo sería verme morir desde fuera de mi propio cuerpo, al igual que si fuese un extraño el que estuviese exhalando su último aliento. Me pregunto de nuevo, se puede ver uno a sí mismo expirando el último suspiro de vida como si tu cuerpo fuese el de otro y, a la vez, continuar sintiéndote vivo. ¡Difícil pregunta! ¡Quién tuviese la respuesta!
Una sensación de frío glacial se ha apoderado de mí y me va calando, poco a poco, como la llovizna fina y suave que cae en un atardecer otoñal.
Cada vez me siento más torpe, no me sorprendo, es predecible, no siento los dedos de los pies y pronto también ocurrirá lo mismo con los de las manos, mas no tengo fuerzas para luchar contra tan incorpóreo enemigo. Me noto caer en un profundo abismo deslizándome suavemente por una pendiente de flojera que va siendo, más y más, pronunciada y cuando miro hacia arriba, el borde de la salvación se encuentra más distante de mí.
Morfeo me envuelve con sus dulces y suaves brazos. La somnolencia es espesa y pesada. Lentamente y sin pausa, se apodera de mí, casi no puedo mantener mi cabeza razonando. Me cuesta horrores pensar. Sé que debo hacerlo, he de hacer trabajar mi mente para seguir manteniéndome vivo. El sueño me conducirá inevitablemente al precipicio de la muerte. ¡No debo abandonarme! He de seguir aferrado a la vida. Ni siquiera tengo a mano una mísera fotografía de mi familia para poder contemplarla e infundirme ánimos imponiéndome la obligación de volver algún día a casa y seguir siendo el sustento de mi mujer y de mis hijos. No quiero morir como un perro abandonado, sin nadie querido al lado haciéndome compañía. ¡No he vivido esta asquerosa vida para terminar así!
Mi esfuerzo por mantenerme despierto y alerta, obtiene pobres resultados. Mi mente funciona a marcha lenta como un radiocasete que se queda sin pilas, empeñándose en que la cinta siga girando, reproduciendo la voz de los intérpretes con un lento y grotesco tono grave, así de despacio fluyen mis ideas.

Un terrible aullido me sobresalta haciéndome pegar un respingo y retornándome de golpe a la vida. ¡Dios! ¿Qué está pasando?

Tengo conocimiento que en estos parajes deambulan lobos solitarios o en pequeñas manadas y este sonido parece confirmarlo. Siempre había pensado que eran sólo habladurías.
De nuevo, otro aullido procedente de la misma dirección desgarra el monótono silencio de la noche. Suena muy cercano, casi diría que está al lado mío. ¡Demasiado cerca!
Tengo miedo. Me refriego nervioso la frente, la herida duele; la palma de la mano se mancha de sangre, instintivamente la huelo.
¡Maldita sea! ¡Huele a sangre! ¡Mi sangre!
Me imagino a aquel lobo con su negro y húmedo hocico alzado hacia el cielo, percibiendo y analizando los matices del aire, husmeando mi rastro, en un intento por detectar el paradero de una víctima herida, presa fácil que no le iba a ocasionar problemas ni esfuerzos para abatirla. Dibujo en mi mente la imagen de aquella bestia poniendo en marcha sus instintos de depredador para localizar el premio a su pertinaz búsqueda de comida, ya casi paladeando el festín. Lo veo expectante, ofreciendo la misma estampa que el cazador que aguarda vigilante un fatídico movimiento de su presa. Caminando sin prisas, aproximándose con su amenazante y tenebrosa silueta recortada en el oscuro horizonte. Las mandíbulas entreabiertas, la lengua sobresaliendo y colgando ligeramente en un lado de la boca, restos de babas rebosantes goteando sobre la fría nieve, bocanadas de aliento cálido lanzadas al aire con fuerza, formando tenues y momentáneas nubes de vapor que envuelven, por unos instantes, los poderosos y mortíferos dientes afilados cual cuchillos, listos para desgarrar a su víctima. Su víctima…, ¡qué impersonal suena! ¡Su víctima soy yo!
Con total seguridad, aquel lobo había sido capaz de olerme desde muy lejos y ahora, viene en mi busca.
El terror se une al frío, al cansancio y al sueño, no tengo cabida para más sensaciones, entre todas, me están sumergiendo en un submundo de confusión. Me oculto hundiéndome todo lo que puedo en el agujero, acurrucado, encogido, realizando un máximo esfuerzo en un mísero intento por pasar lo más desapercibido posible para aquella bestia.
Sé que no sirve de mucho ocultarse, los sentidos de los lobos están demasiado desarrollados como para pretender engañarles con tan ridículo intento. Siento más frío y más miedo.
El pánico no me da libertad para pensar. Si me quedase un ápice de energía, podría intentar encaramarme a un árbol, pero el pavor que agarrota mis músculos no me lo permitiría; además, después de tanto rato metido en el hoyo, no podría moverme con la suficiente agilidad. ¡Perfecta excusa para justificar mi cobardía y permanecer quieto!
No sé cuanto tiempo he sufrido envuelto en esta tensa espera. Las luces del amanecer iluminan las copas de los árboles arrancándoles tenues destellos. Un silencio sepulcral ha presidido estos últimos momentos de lenta agonía. El animal todavía no ha asomado sus fauces por mi agujero. Puede que haya pasado de largo y que, al fin, no me hubiese localizado.
Por minutos, me voy envalentonando y adquiriendo confianza en la esperanza de sobrevivir. Al mover mis miembros, me duelen los tendones rígidos por la inmovilidad, los dedos de las manos y de los pies están inertes, el frío hace rato que me obligó a sentir su dolor.
Lentamente y con notable esfuerzo, me incorporo lo justo y suficiente como para asomar la cabeza e intentar ver las inmediaciones del agujero.
¡Maldito espectro!

Frente a mí, a menos de diez metros, distingo a un gran lobo acechando entre los matorrales, mirando fijamente con sus ojos salvajes clavados sobre mí. Gruñe arrugando el morro en clara actitud agresiva, mostrándome sus incisivos encajados, amenazantes, brillantes y rebosantes de saliva generada ante la expectativa de haber hallado comida y poder saciar pronto su voraz apetito.
Inmediatamente me agacho de nuevo, aunque no sé muy bien para qué, me había visto y ahora se abalanzaría sobre mí. Me cubro la cabeza con las manos en espera de recibir el envite de aquel monstruo. Cierro los ojos y aprovecho estos últimos momentos para encomendarme a Dios en una susurrada plegaria. Escucho tenues ruidos próximos al filo de mi agujero; en cualquier instante dará comienzo su ataque. No tengo ninguna posibilidad de salir victorioso, no me quedan fuerzas para pelear, sólo puedo aguardar al fatal desenlace con resignación, no existe en mí la valentía y el coraje suficiente como para ponerme en pie y luchar, únicamente puedo resistir agazapado y esperar a que se marche sin conseguir su objetivo.
Siento calor en mi rostro, un calor húmedo, primero en una mejilla, después, en la otra.
¡No tiene sentido aquello! ¿Me está atacando un lobo?
Abro los ojos con estupor. Veo el cielo azul, es de día y, a mi lado, el tiro de perros del trineo.
¡Rusky! ¡Qué alegría ver el rostro de Rusky! ¡Mi fiel guía!
El animal contento por hallarme con vida, menea el rabo de un lado a otro con energía. Acerca su rostro al mío y vuelve a lamerme la cara.
Observo que estoy tumbado en la fría superficie de la nieve, la sangre en el suelo me recuerda la herida en la frente.
Por un fugaz momento pienso en el lobo, asustado, miro a mi alrededor en busca suya.
¡No está! ¡No entiendo nada!
Puede que mi mente y el frío me hayan jugado una mala pasada. No quiero entender, sólo deseo marchar cuanto antes.
Me incorporo lenta y pesadamente enfundándome en el trineo cubriéndome con pieles.
Reúno las tenues fuerzas que me quedan para apenas gritar: ¡Aahock! ¡Aahock!
Rusky me mira con ojos inteligentes y comprendiendo la orden dada, tira de sus correajes con fuerza. El trineo se pone en marcha; cierro los ojos sin querer recordar la angustia vivida, sólo deseo dormir y que mi cuerpo entre en calor. Sé que esto es imposible sin la ayuda de otros.
El trineo avanza, me siento desvanecer y, mientras tanto, pienso en el lobo que se presentó frente a mí. Me viene a la memoria, como un recuerdo lejano. Las leyendas de las gentes de estas tierras cuentan que, antes de que el alma abandone este mundo y parta hacia el más allá, al moribundo le visita el espíritu del “Gran Lobo” para que le rinda cuentas de su paso por esta vida. ¡Noñerías de viejos! Pero…, puede que esto fuese lo que me ocurrió, en ese caso, todavía desconozco su veredicto final. Aunque bien es cierto, que no creo que tarde mucho en saberlo, ya no distingo si estoy medio vivo o medio muerto.
Rezaré para que alguien se cruce en mi camino y me socorra, antes que vuelva a escuchar el próximo y definitivo aullido del lobo portando su sentencia final.

Volando con mi enemiga

El próximo lunes será fiesta y podré disfrutar de un fin de semana largo. ¡Va a ser fantástico! Hace semanas que ansío la llegada de estos días de descanso.
Aquel miedo atroz que sentía en mi infancia frente a los períodos vacacionales, se ha terminado de disipar después de tanto tiempo. Ya no me amilana aquello que me tuvo acomplejado durante todo aquel periodo y que, tantas y tantas veces, me hizo sentir diferente de los demás.
Recuerdo que de niño, cada vez que salíamos al campo, mis padres siempre extremaban las precauciones. En todas las fotografías de aquel entonces, aparezco tapado hasta las orejas, vestido con colores poco llamativos y tonos grisáceos que me proporcionaban una apariencia melancólica y frágil. Me untaban hasta la saciedad de colonias repelentes de insectos, a mí no me gustaban porque olían a rayos; más bien, creo que servían para repeler a cualquier cosa que se acercase, inclusive a las personas.
En aquella época, una multitud de prohibiciones formaban parte de mi vida cotidiana: Nada de jugar entre la maleza, nada de levantar piedras, nada de merodear cerca de las charcas, nada de correr entre los campos en flor, nada de…, de nada. Demasiadas reglas para un niño que, en mi mente infantil, era incapaz de comprender los motivos por los cuales no me dejaban hacer lo mismo que al resto de mis amigos. Tampoco entendía el pánico que demostraban mis padres ante la posibilidad de que un simple bichejo alado apareciese por las inmediaciones. Así de complicadas pintaban las cosas en una niñez marcada por el terror a las picaduras de los himenópteros.
Por lo que ahora sé, todo comenzó siendo yo muy niño, tanto que ni siquiera lo recuerdo. En aquellos días, un insecto me picó y, de inmediato, me produjo una crisis anafiláctica que casi me lleva a la muerte.
Mis padres asustados acudieron de inmediato al hospital más cercano apreciando perplejos como mi pequeño e indefenso cuerpo, en tan sólo unos instantes, se había hinchado, proporcionándome un aspecto grotesco. Afortunadamente, el médico de urgencias que me atendió se había criado en el campo. Él conocía la forma de diferenciar entre la picadura de una abeja y la de una avispa. Les explicó a mis padres que el aguijón de la abeja posee unas escotaduras laterales a modo de garfios que permiten que éste, al clavarse, se ancle en el cuerpo de la víctima conservando todavía el saco del veneno junto con parte del aparato digestivo del insecto que se desgarra cuando, tras la picadura huye y, por este motivo, la abeja acaba falleciendo. Por el contrario, las avispas inyectan el veneno conservando su aguijón y son capaces de picar dos veces seguidas, aunque posiblemente, en la segunda vez no les quede veneno para introducir. No obstante, las avispas durante su ataque, para asegurarse que definitivamente hacen huir a su víctima, dispersan una feromona que incita al resto de los miembros de la colonia a atacar, es por ello que, si se está cerca de un avispero, la liberación de esta hormona por la avispa agresora podría provocar un ataque masivo

de sus compañeras por lo que, inmediatamente, a continuación de una picadura de avispa, hay que alejarse del lugar para no correr riesgos innecesarios.
Gracias a los conocimientos entomológicos del doctor, desde un primer momento fue identificado con claridad el agente alérgeno, en mi caso era el veneno de las avispas. El hombre fue un poco bruto y carecía de tacto, pero fue bastante franco con mis padres. Si el hospital hubiese estado un poco más lejos o ellos hubiesen esperado más tiempo para trasladarme, con seguridad, yo no habría sobrevivido, ya que, la reacción alérgica de mi cuerpo se produjo con gran inmediatez a la picadura y, además, ésta fue desmesurada. Ese hecho indicaba inequívocamente una hipersensibilidad a los componentes del veneno, como podían ser la hialuronidasa o la fosfatasa.
¡Mis padres nunca habían oído ni visto nada parecido!
Tras haber observado como mi cara se inflaba, con los párpados tan hinchados que casi no se me podía distinguir los ojos y los labios grotescamente gordos haciendo juego con mis manos; en cierto modo, comprendo el tremendo susto que se llevaron.
El médico prosiguió con su explicación, que más bien parecía una formación dirigida a padres inexpertos, diciéndoles que la próxima vez, si no tenían un *kit* de emergencia a mano y se aplicaba con rapidez el tratamiento de choque con adrenalina, la reacción inmunológica podía terminar con la vida de su hijito de forma fulminante, posiblemente en menos de una hora. Les hizo entender que aquel problema no tenía cura y que sólo podían estar preparados por si se volvía a producir. A partir de aquel momento, mi vida y la de ellos cambió radicalmente. Comenzó un calvario particular, haciéndome sentir alguien diferente, un bicho raro a la vista de los demás; un complejo que, con el transcurso de los años, dio paso a otros problemillas menos físicos y más mentales, pero…, éstas son otras historias que ahora no vienen a cuento.
Desde aquel traumático episodio, pasaron muchos años sin que hubiesen más incidentes con las picaduras. Fue tanto tiempo, que si no hubiera sido por el terror que sentía ante la simple visión de una avispa, casi habría olvidado el tema de mi alergia. De hecho, nunca ocurrió nada hasta el verano pasado en la piscina municipal. Era mediodía, estaba con una pandilla de amigos, jugábamos en el agua y decidí ir a tomar un rato el sol. Al tumbarme en la toalla que estaba estirada sobre el césped, sentí un terrible pinchazo en el cuello. Me incorporé sobresaltado con el pánico reflejado en mi rostro y temiéndome lo peor. Al levantar la toalla descubrí, muy a mi pesar, al temible enemigo eludido durante tantos años; allí, entre la hierba, una avispa comenzaba a moverse torpemente y se recuperaba del aplastamiento del cual había sido objeto, enarbolando hacia arriba su intimidador abdomen con el aguijón apuntando directo hacia el cielo. Rápidamente vino a mi mente la advertencia realizada por el doctor años atrás: …"Huye del lugar donde te haya picado una avispa"...
Mis amigos continuaban jugando en la piscina, así que, inmediatamente, sin pensármelo dos veces y sin decir nada de lo ocurrido, me marché velozmente al coche para aplicarme el tratamiento autoinyectable de adrenalina, con la débil esperanza que nadie tuviese la oportunidad de verme convertido en un monstruo de feria. Si no me hinchaba, siempre podría disimular diciendo que no me encontraba bien porque me había sentado mal la comida del *chiringuito* de la piscina o que me había pegado demasiado el sol en la cabeza. ¡Vete a saber! Cualquier excusa sería creíble.
Comenzaba a notar los primeros síntomas. La zona alrededor de la picadura, despedía fuego y sentía como iba tomando rigidez mi cuello. Cuando llegué al coche, tomé el kit y, en ese preciso momento, vi la fecha de caducidad indicada con números grandes y claramente visibles.
¡Hacía más de dos años que había vencido!

Sin dudarlo, arranqué el coche y puse rumbo al hospital más cercano. Ahora ya no me preocupaba por mi aspecto, francamente, temía por mi vida.
Mi decisión era la más acertada, no podía introducirme aquello en las venas sin conocer las consecuencias, son cosas con las que no se debe de jugar. Asustado, conducía con el pensamiento fijo en llegar al hospital.
Poco a poco, fui notando los síntomas de la siguiente fase: un repentino sofoco me estaba invadiendo, comencé a sentir que las palmas de las manos me sudaban y un picor generalizado me invadió a la vez que se inflaban los dedos y los párpados. Estos últimos, llegó un momento en el que no los podía mover, apenas si tenía visión por una rayita de luz entre ellos, una sensación de calor interno intentaba embriagarme queriéndome arrastrar a un mundo de seminconsciencia entre nubes de espesa bruma mental.
El desvanecimiento total era inminente, comencé a marearme y a perder un poco la cabeza, por lo que me vi obligado a dejar el coche apartado en la cuneta, era incapaz de seguir circulando. Me costaba respirar, las imágenes se deformaban y fluctuaban ante la visión limitada de mis ojos. Finalmente, sólo era capaz de distinguir puntos de luces e imágenes desenfocadas, sin ningún tipo de nitidez. Caí profundamente en una placentera flojera y llegó la pérdida de contacto con la realidad.
Alguien me halló en pleno trance con delirios y me trasladó al hospital, por lo que parece, decía cosas ininteligibles e incoherentes. En urgencias me aplicaron un tratamiento a base de antihistamínicos y corticoesteroides rescatándome bruscamente del paraíso personal en el que estaba inmerso. Los medicamentos continuaron surtiendo efecto y, poco a poco, todo volvió a su normalidad. Tras la rápida y oportuna intervención médica, retorné de la nube de ensueño y placer en la que flotaba mentalmente, como consecuencia de la reacción de mi organismo.
Estuve todo un día hospitalizado y cuando vino el médico a darme el alta, me informó de la gravedad de la crisis. En principio, después de analizar los resultados de las pruebas, el dictamen era esperanzador. La tolerancia que presentaba mi organismo frente al veneno era bastante buena, es decir, que posiblemente no llegase a causarme la muerte, aunque desde luego, siempre tendría que evitar el encuentro con las avispas. En el caso de una picadura, sufriría los efectos colaterales de la reacción alérgica, que si bien no eran letales, sí que podían causar secuelas graves en mi cuerpo. No obstante, me advertía que una sobrexposición al veneno, con o sin tratamiento de adrenalina, siempre existiría una alta probabilidad de que fuese mortal. En cualquier caso, tras el aguijonazo de una avispa, debía aplicar inmediatamente las inyecciones, pero sólo una vez. No le quise comentar nada al doctor acerca de los efectos placenteros y alucinógenos que me ocasionó la crisis. En cierto modo, fue como consecuencia del sentimiento de culpabilidad que albergaba por haber estado “disfrutando”, mientras otros, luchaban por salvarme la vida.
Por mi parte he de reconocer que fue un descuido imperdonable haber dejado caducar el kit. Hasta aquel momento, no me había visto en la necesidad de tenerlo que usar, siempre había estado cerca de mí y nunca sentí la curiosidad de comprobar la fecha del medicamento, ni siquiera sospechaba que éste fuese perecedero.
El tiempo pasó y, desde aquel día, una obsesiva idea me rondaba por la cabeza persiguiéndome sin darme respiro. Realmente, durante aquel episodio no tuve miedo a morir, sólo sentí placer. Aquella ola de calor que me invadió, me transportó entre algodones a un mundo de gratas alucinaciones psicodélicas, envuelto en sensaciones que me hacían flotar, permaneciendo ajeno a lo que me rodeaba, olvidándome de todo

lo terrenal, abriéndome las puertas a un universo de paz interior. ¡Fue maravilloso mientras duró!
Aquel recuerdo se repetía continuamente convirtiéndose en un pensamiento obsesivo, constante y tenaz, al igual que el disco rayado que no deja de girar volviendo la aguja a recorrer, una y otra vez, el mismo surco reproduciendo continua y machaconamente sus notas. Esta persistente idea iba barrenando mi mente, más y más, hasta que al final acabó minando mi férrea voluntad.
Un día, totalmente decidido y armado de valor, fui a los alrededores de un abrevadero en busca de avispas. Iba provisto de guantes y de una jaula para pájaros, la cual, había forrado previamente con tela mosquitera y, bien a mano, llevaba el kit de emergencia, evidentemente sin caducar, listo para su aplicación inmediata si las cosas se complicaban.
Busqué durante bastante tiempo bajo un sol castigador y, cuando estaba perdiendo las esperanzas, lo encontré. El avispero se hallaba medio oculto, agarrado por su tallo a unas piedras. No era muy grande, poseía una forma similar a un trozo de la torta de un girasol despojado de sus pipas; había unos ocho o diez individuos y casi veinte celdas, para lo que lo quería, era suficiente. Con cuidado, corté el tallo del nido por su anclaje y lo metí en la jaula.
Feliz por el hallazgo y el éxito de la operación, regresé al hogar. Coloqué la jaula en la terraza superior de mi casa y dejé la puertecilla metálica abierta para que los insectos pudiesen hacer su vida normal. Después, deposité cerca un plato con agua ligeramente azucarada, eso las retendría en las inmediaciones y contribuiría a que no cambiasen de emplazamiento su colonia.
Unos días después, probé una picadura. ¡Fue sublime! ¡Inimaginable! ¡Indescriptible!
Desde entonces, se convirtió, en secreto, en mi mejor forma de ocio y disfrute, bueno…, más bien, la única diría yo. Es una fuente inagotable de suministro de placer y se encuentra en la Naturaleza, sólo debo tomarla, no me cuesta ni un céntimo y, además…
¡Je, je! ¡Es legal! ¡Nadie me puede detener por meterme *chutes* de avispa! ¡Je, je!
Pero…, todo tiene su inconveniente, únicamente puedo disfrutar de este “pequeño vicio privado” durante los fines de semana, ya que necesito un día entero para recuperarme de las desagradables e inevitables secuelas físicas. Si al día siguiente tengo que salir para ir al trabajo, no puedo hacerlo con un aspecto monstruoso y hecho un adefesio.

Llegó el momento anhelado del fin de semana. Por la mañana temprano me libré de las obligaciones hogareñas: realicé la compra para toda la semana, preparé comida para comer y cenar, subí a la terraza y recogí la colada seca.
Antes de bajar, liado en una sábana que tomé del tendedero, apenas dejando asomar mis ojos, no pude por menos que acercarme a una distancia prudencial de la jaula y echar un vistazo a mis amigas; éstas estaban muy atareadas en sus quehaceres rutinarios.
¡La ansiedad me impacientaba!
Bajé a casa dejando la cesta con la colada para plancharla más tarde o, quizás mañana, ahora era el momento para el ocio. Cerré todas las ventanas para que accidentalmente no se colase ninguna avispa más, je, sería una sorpresa desagradable recibir una visita inesperada de este tipo en pleno trance. ¡Je, je! ¡Menudo *colocón*!
Desconecté el teléfono para que su incordiante sonido no me molestase en mitad del *viaje* aunque, a decir verdad, poseía pocas esperanzas que alguien me llamase un sábado por la tarde interesándose por mí.

Para dar comienzo a mi fiesta particular, necesito prepararme el *pico*. Este proceso casi se ha convertido en todo un ritual. A tal propósito, subo de nuevo a la terraza protegido con ropa, guantes y el bote de insecticida. Pulverizo el veneno suavemente sobre la jaula, éste desciende lentamente, despacio, formando una incolora y pesada nube que envuelve a los insectos en su manto tóxico. Al principio, al notar el ambiente enrarecido, las avispas se ponen rabiosas y muy inquietas, pero al estar la jaula al aire libre el producto no llega a matarlas, tan sólo las atonta quedando algo desorientadas; entonces, es cuando tomo una de ellas con unas pinzas y me la llevo encerrada en el frasco.

Ya en el salón, dejo la adrenalina a mano. Tumbado en el sofá, me remango poniendo mis antebrazos al descubierto y, antes del aguijonazo, próximo a mí, deposito una tira de goma elástica larga y gruesa, sólo necesaria en el hipotético caso que la avispa tuviese demasiado veneno acumulado. En dicho supuesto, no puedo eliminar el exceso porque ya está dentro y no hay forma de extraerlo. Sin embargo, puedo realizar un torniquete en el brazo para regular la entrada y hacer que circule lo más lentamente posible para ayudar a que el organismo lo asimile. Es necesario evitar, a toda costa, la conmoción y la brusca reacción que una sobredosis desencadenaría porque podría arrastrarme inevitablemente hasta el colapso.

Bueno…, ya se sabe, esto no es una ciencia exacta donde puedes regular las dosis, al igual que harías si te inyectases con una jeringuilla. La cantidad siempre depende del ejemplar en concreto, aunque en más de una ocasión, he pensado en “ordeñar” a los insectos de la misma forma que se hace con las serpientes para sacarles su veneno, pero la cantidad que extraería de cada una de ellas sería, posiblemente, tan pequeña e inmanejable que he desistido de intentarlo.

A veces me paro a pensar y no alcanzo a entender cómo algo tan ínfimo, mucho menos que una gota, puede llegar a producirme efectos tan aparatosos. ¡En qué frágil equilibrio se basa la vida!… ¡Basta de filosofar!

Abro el bote y realizando malabares para mantener la tapa medio cerrando la embocadura, meto unas pinzas de depilar y tomo con cuidado a la avispa por el tórax. No para de mover su abdomen incesantemente hacia delante y atrás en búsqueda de algo donde clavar su emponzoñado aguijón.

La acerqué a mi antebrazo depositándola suavemente, pero sin soltarla. De inmediato clava su aguijón con fuerza. Un pinchazo doloroso me recorre el brazo como un latigazo eléctrico. ¡Ya está hecho!

La retiro y, mientras la llevo en el aire para introducirla de nuevo en el bote, ella continua, llevada por su instinto, moviendo convulsivamente su cuerpo en un intento insistente por picar, una vez más, a su víctima. Pongo al insecto a buen recaudo, me quito los zapatos y desabrocho el pantalón, necesito comodidad.

Lío la goma alrededor del brazo y tumbado a lo largo en el sofá, espero a que se inicie todo el proceso.

¡Ya comienza! ¡Lo siento venir!

Me noto la boca pastosa, un picor generalizado se extiende desde las palmas de las manos y los pies al resto del cuerpo, es como una urticaria, pero me produce mayor desasosiego, el rascarme no me alivia la desesperante sensación de picazón.

El calorcillo meloso llega acompañado de su toque de especial embriaguez que me transporta a ese mundo de sensaciones placenteras que tanto ansiaba y anhelaba. Me voy sintiendo flotar entre sueños de colores, los miembros se hinchan y, poco a poco, los noto más acorchados y con menor movilidad.

Las imágenes se distorsionan frente a mí, el corazón se acelera un poco y los párpados se están volviendo pesados, me da pereza intentar mantenerlos abiertos, es tiempo de disfrutar volando entre mis pensamientos.
Hecho una mirada final para asegurarme que todo está bien antes de cerrar los ojos definitivamente y abandonarme. Al pasar la vista por la colada, me ha parecido ver de reojo, un punto moviéndose encima de las sábanas. Asustado, vuelvo atrás mis pupilas intentando encontrar algo entre los pliegues.
¡No hay nada! ¡Qué alivio!
Sólo ha sido una alucinación fruto de mi imaginación.
Quiero moverme para buscar una posición más cómoda, no puedo, el placer y la flojera me envuelven, ya no siento los picores y el apelmazamiento de los miembros es generalizado.
¡Qué bien me encuentro! ¡Vuelo! ¡Vuelo! ¡Vuelo sin cesar!
Me dejo llevar por mi mente pasando ágilmente de un pensamiento a otro como navegando en un mundo de ideas, colores y alucinaciones. Aquí puedo disfrutar de lo que quiera sin preocuparme de nada, ni de nadie. Mi cerebro es el centro generador de todas las sensaciones, mi cuerpo permanece ajeno a lo que siento en mi interior, no forma parte de mí, es tan extraño para mis sentidos como el sofá en el que me encuentro tumbado.
De repente, una nueva e intensa ola de calor me llega con fuerza desde…, no sé desde que parte de mi cuerpo. ¿Qué ha ocurrido? Aterrorizado me pregunto: ¿Me ha picado otra avispa?
La respiración se me agita, se hace más dificultosa y el corazón late con desesperación. La sensación de calor comienza a ser agobiante, creo que esto no es bueno, no me gusta lo que está ocurriendo, debo parar aquello, no sé de donde llega, no proviene del brazo, pero no sé realmente de dónde surge, todo mi cuerpo está insensibilizado. Estoy inquietándome. ¡No me gusta el rumbo que está adquiriendo el *chute*! ¡Mal rollo! ¡No sé qué hacer!
Intento alcanzar el kit, no puedo localizarlo porque ni tan siquiera consigo abrir los párpados. Muevo el brazo para encontrarlo a tientas, pero no tengo tacto, lo he intentado, he dado la orden a mi brazo para que se moviese, pero no puedo asegurar que lo haya hecho. ¡Mal rollo! ¡Qué *viaje* tan malo me está dado este picotazo!
Una picazón tremenda se hace presente, es desesperante, no puedo rascarme. Un sabor metálico me inunda la boca. Me falta el aire, algo me presiona como una losa el pecho, no puedo respirar. El sabor desagradable se desliza lentamente hasta invadir mi garganta produciéndome nauseas, mi estómago parece querer contribuir a la dramática escena y unos espasmos abdominales hacen que, finalmente, termine vomitando o, al menos, eso creo yo.
Siento más peso aún en el pecho, ya no me llega suficiente aire a los pulmones.
¡Me falta el aire!
Intento respirar profundamente y con más fuerza, pero una tos nerviosa me lo impide. Mi cuerpo tiembla y genera sacudidas en forma de calambres que lo recorren a todo lo largo. Tengo la sensación de que me he orinado encima. No me preocupa, me agobia el calor que siento. ¡Me ahogo!
No puedo luchar, mi voluntad no sirve de nada, mi cuerpo no responde. La inminencia de un posible desvanecimiento se hace más y más certera.
¡No consigo hacerme con la situación!

Continúo hundiéndome en un agujero profundo, caigo y caigo. De las paredes emergen manos que quieren ayudarme, agarrándome y frenándome en el vertiginoso descenso, voy tan deprisa que no me da tiempo a sujetarme a ellas.
¡Mal rollo! ¡Mal rollo! ¡Caigo sin freno! ¡Las manos no consiguen agarrarme! ¡No dejo de caer!
Creo que para mí todo va a terminar en el momento en que llegue al fondo del agujero. Mis pensamientos me van abandonando, he dejado de respirar, todo es oscuridad y silencio.
Nunca antes había pensado en la muerte, pero llegado este momento, la prefiero recibir de este modo sin sufrimiento, sin dolor. He comprendido demasiado tarde que si se camina sobre el borde del abismo, tarde o temprano un resbalón te puede hacer caer.
¡La mejor forma de volar es teniendo alas!
¡Qué tontería! Mis últimos segundos, mi último aliento, no está siendo ni para mí, ni para analizar mi vida, ni mis recuerdos, ni mi familia, ni mis amigos; sólo estoy teniendo un pensamiento dedicado ese diminuto y rayado ser que ha sido mi obsesión, mi perdición, por supuesto, hablo de mi temida enemiga, mi amiga, la avisp...

Índice

La casa en el horizonte 4

Sólo era un hormigueo 12

El francotirador 17

La aspirante a escritora 25

Yo decido cuando 30

El gran lobo 37

Volando con mi enemiga 44

Índice 51